

CRISTIANDAD

Año XVIII - Núm. 369

BARCELONA

NOVIEMBRE 1961

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

LA EXPIACION POR EL SACRIFICIO, IDEARIO DEL TIBIDABO

Mensaje del Papa al I Congreso Internacional del Corazón de Jesús

Con vivo consuelo de Nuestra alma hemos tenido noticia del Primer Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús que se celebra en Barcelona, junto al Templo Expiatorio del Tibidabo, en estos días que conmemoran unas fechas jubilares tan estrechamente unidas a la historia de ese Santuario: han pasado cincuenta años desde que comenzó a propagarse por toda España la idea del Templo Nacional Expiatorio encomendada a la fiel y vigilante custodia de los beneméritos hijos de San Juan Bosco cuya venida a la Ciudad Condal, hace setenta y cinco años, vinculó la cumbre del Tibidabo a un recinto sagrado de gloria divina.

A cuantos han participado en estas jornadas de estudio y de piedad, Nos complacemos en manifestarles Nuestro testimonio de paternal benevolencia junto con el ardiente deseo de que las conclusiones trazadas por los notables especialistas en los temas doctrinales y pastorales analizados, contribuyan eficazmente a que cada día se difunda más el culto al Sagrado Corazón de Jesús con la intensidad, profundidad y seriedad que a tan preciosa devoción corresponden.

El Templo Expiatorio en Barcelona, como el Cerro de los Angeles en Madrid y el Santuario de la Gran Promesa en Valladolid, son jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español expresando sus sentimientos de amor y de reparación para con el Corazón de Jesús "*ut illi devotum pietatis nostrae praestantes obsequium dignae quoque satisfaccionis exhibeamus officium*" (Oración de la Misa de su fiesta). Testigos son esos lugares de los raudales de misericordia y de gracia que el Señor derrama y de cuantas personas encuentran un remanso de paz y un refugio de salvación respondiendo a la llamada dulce de "venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré" (Mt. 11, 28). Que este fluir de almas hacia el Corazón de Jesús, liberal con todos los que lo invocan, fuente de vida y de consuelo, continúe siempre ininterrumpido en esos Santuarios!

El ideario del Tibidabo: la expiación por el sacrificio, pronto atravesó las fronteras de la tierra hispana y muchas son las Naciones que ahí dejaron sus emblemas doblegados, en actitud de supremo homenaje, ante el Rey pacífico de los pueblos. Al imaginarnos, desde la colina Vaticana, esa cumbre hoy más enaltecida por la suntuosa estatua del Corazón de Jesús que domina las avenidas barcelonesas y el valle del indus-

trioso Llobregat, que abre sus brazos proyectados hacia el Mare Nostrum, Nos viene espontánea a la mente la profecía del salmista: "*dominabitur a mari usque ad mare et a flumine usque ad terminos orbis terrarum*" (Ps. 71, 8). Y Nos parece escuchar el mensaje de amor y de fraternidad universales que en la ribera oriental del Mediterráneo brotó de quien, manso y humilde, amó a los hombres hasta el fin invitándolos a seguirlo para que decididamente hallasen los verdaderos valores y las bienaventuranzas de la vida.

Cómo no recordar aquellas primitivas cristiandades que un día asomaron sus templos al mismo azul mediterráneo, inflamadas por el discípulo testigo del Corazón abierto por la lanzada, surcadas por el apóstol intrépido de las inescrutables riquezas de Cristo y que, dirigiéndose a los fieles de Efeso, oraba a Dios "de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra, para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, y arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender en unión con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Eph. 3, 15-19).

Esta misma petición la confiamos a vuestras plegarias y la dejamos en el Altar de ese Templo, mientras se prepara el Concilio Ecuménico Vaticano II: que la paternidad de Dios sea reconocida y vivida por todas las gentes; que more Cristo en los corazones corroborados en virtud por el Espíritu Santo; que con una caridad firmemente enraizada se contribuya a que llegue a todos los meridianos lo sublime y lo profundo del misterio de la caridad de Cristo para que se instaure completamente su reinado "de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz" (Prefacio de la Misa de Cristo Rey).

Y mientras anhelamos que el Tibidado sea siempre un centro de gloria y de imperio espiritual desde donde el Sagrado Corazón de Jesús continúe derramando efusivamente sus dones sobre España y el mundo entero — "*sedebit Dominum Rex in aeternum; Dominus virtutem populo sus dabit*" (Ps. 28, 10-11) —, Nos complacemos en otorgar a Ti, Nuestro amadísimo Cardenal Consagrante de ese Templo, a Nuestros Hermanos en el Episcopado ahí congregados, a las Autoridades, a la Comunidad Salesiana, al Clero y fieles presentes una especial Bendición Apostólica.

Del Vaticano, 28 de octubre de 1961.

JOANNES XXIII.

SUMARIO

Mensaje del Papa al I Congreso Internacional del Corazón de Jesús.
El culto al Corazón de Jesús en la época actual, por Friedrich Schwendimann.
El Obispo Morgades, fundador en España del Apostolado de la Oración, por J. Bonet Baltá, Pbro.
Luces y sombras, por Roberto Cayuela, S. I.
Reino y corazón, de R. Roquer, Pbro.
Incorporación a Cristo, de Pierre-Marie Theas, Obispo de Tarbes.
Contenido vitalista del culto al Corazón de Jesús, por Martirian Brunso, Pbro.
El Oriente Cristiano. Discurso del Cardenal Amleto J. Cicognani.
La "Mater et Magistra y las comunidades atrasadas, II, por J. M. Martínez Mari.
El XXII congreso del partido comunista soviético, por Jesús Sáinz Mazpule.
La Unión soviética y el mundo árabe, de Geoffrey Wheeler.
José María Sagarra, poeta de la tierra, por Francisco Salvá Miquel.

CULTO AL CORAZON DE JESUS EN LA EPOCA ACTUAL

(Ideas sobre la semana del Sagrado Corazón de Barcelona)

Culto vivo al Sagrado Corazón

El que haya tenido ocasión de asistir en Barcelona a las celebraciones relacionadas con la consagración del templo expiatorio del Sagrado Corazón erigido sobre la montaña del Tibidabo, no olvidará fácilmente las impresiones recibidas por la estimación y vivo cariño del pueblo español por el culto al Sagrado Corazón de Jesús. No fue una exaltación o entusiasmo religioso pasajero lo que llevó a los fieles a los templos, haciéndoles participar en horas santas, adoraciones nocturnas, comuniones y procesiones expiatorias, sino la creencia honda y viva de cumplir con una obligación de reparación y de hacer del culto al Sagrado Corazón el medio de salvación que la humanidad necesita en estos momentos cruciales de su historia. El espectáculo de un pueblo orando con tal fervor al Corazón de Cristo, espectáculo que también en otros países puede verse con gran frecuencia, según cierto crítico del culto al Sagrado Corazón de Jesús, demuestran cuan justificadas son las palabras de Pío XI o de Pío XII al hablar de una marcha triunfal del culto al Sagrado Corazón y de su poderosa influencia en la vida religiosa de innumerables fieles. El católico creyente ama la devoción al Corazón de Jesús porque cree en el amor de Cristo y porque a menudo ha experimentado en sí mismo la bendición del culto de este amor.

El mismo cuadro de unánime estimación del culto al Sagrado Corazón ofreció también el Congreso científico que coincidió con las solemnidades de la consagración. En las ponencias y discusiones se pudo observar siempre que los teólogos y curas de almas tienen conciencia de poseer en el culto del Sagrado Corazón un tesoro que lo mismo en la teología que en la práctica sacerdotal, ha de apreciarse cada vez más universal y perfectamente. Por eso el Congreso se propuso la tarea, en su parte teórico-doctrinal, de fomentar la mayor claridad y armonía posible sobre el objeto del culto al Sagrado Corazón de Jesús, y, en su parte práctica, de exponer la importancia y las formas debidas de dicho culto. Precisamente esta seriedad científica con que se trató de llegar al mejor entendimiento del misterio del Corazón de Jesús y hacerlo lo más fructífero posible para la cura de almas, justifica las esperanzas de que por medio de círculos de estudios, de academias y congresos nacionales e internacionales y de un aprecio cada vez mayor en la cura de almas, el culto al Sagrado Corazón se encuentre también ante un desarrollo mayor y más amplio que hasta ahora, semejante al desarrollo del culto a María que hemos observado en los últimos decenios.

Grandes tareas

Los actos y reuniones como los celebrados en la Semana de Cristo Rey en Barcelona, no son solamente momentáneas manifestaciones religiosas de fe. Son también, al mismo tiempo, una reunión de nuevas fuerzas, una conciencia en las tareas que la hora actual requiere de nosotros y a cuya ejecución debe procederse. Precisamente en este aspecto, sin duda alguna, ha sido donde el Congreso del Sagrado Corazón de Jesús ha tenido su principal importancia.

Ciertos peligros

La internacionalización de la vida moderna quita cada vez más a las fronteras su carácter separador. Las ideas y afanes de un país no tardan en encontrar eco en los países más próximos como en los más alejados. No es de extrañar, por lo tanto, que en el Congreso se tratara también de ciertas objeciones y reparos al culto del Sagrado Corazón de Jesús, no con el fin de admitirlos o defenderlos, sino como documentos y señales de que las dificultades contra el culto al Sagrado Corazón, que en otros países existen ya desde hace algún tiempo y contra los que no en último lugar está dirigida la encíclica "Haurietis aquas", tampoco han permanecido sin cierta influencia sobre la vida religiosa y espiritual de España. No son influencias profundas e inquietantes. Pero son señal de que el Congreso del Sagrado Corazón en Barcelona no ha sido inútil en modo alguno, sino que ha dirigido a tiempo la atención sobre lo que hoy se precisa para conservar en su pureza el culto al Sagrado Corazón y fomentarlo con éxito siempre creciente en el pueblo cristiano.

El enemigo número uno del culto al Sagrado Corazón dentro de la Iglesia, es el desconocimiento. Según continuamente demuestran las encuestas y discusiones, el rechazo del culto al Sagrado Corazón rara vez se funda en razones pertinentes examinadas a fondo, sino, en la mayoría de los casos, sencillamente en el desconocimiento. El desconocimiento de la esencia, de la forma y del fin del culto al Sagrado Corazón, una desfiguración de su historia, más o menos arbitrarias "líneas de desarrollo" de la religiosidad católica, el desconocimiento de la opinión eclesiástica sobre la devoción al Sagrado Corazón y, no en último lugar, el abandono, también, de un serio fomento de esta devoción, suelen dar pie para una falsa interpretación y con ello también para un rechazo del culto al Sacratísimo Corazón. Pero, por otra parte, un

conocimiento insuficiente del culto puede conducir también a una práctica equivocada, a una expresión y una forma del culto que a personas de orientación más crítica puede provocarlas al desacuerdo y conducir las fácilmente a un abandono del culto. Por eso — y esto lo ha señalado de forma expresa el Congreso — será siempre una urgente tarea de la Teología y de la cura de almas el trabajar en una profunda y universal explicación del culto al Sagrado Corazón, para coadyugar a fomentar en el pueblo cristiano un sólido conocimiento y un auténtico y bien entendido culto religioso al Sagrado Corazón. Para ello hay que tener siempre en cuenta que en el culto al Sagrado Corazón no se trata de una “devoción especial”, sino de una forma de religiosidad íntimamente relacionada con todo el contenido de nuestra fe. Para su vida religiosa, el hombre moderno requiere una espiritualidad que proceda del fondo de su fe y de su religión, que llene armónicamente toda su vida. Precisamente esto puede y debe ofrecer el culto al Sagrado Corazón. Pero también por eso ha de ser señalada en su magnitud y plenitud que abarca toda la fe, como Pío XII hizo en “Haurietis aquas”.

Importancia actual del culto al Sagrado Corazón

La objeción que quizá con mayor frecuencia se suele hacer hoy, es que el tiempo de la devoción al Sagrado Corazón ha pasado ya. Fue dada a la Iglesia para los siglos XVIII y XIX y en ellos llenó su misión; hoy son otras formas de religiosidad las que han pasado a primer término. La Iglesia piensa de distinta forma. En el culto al Sagrado Corazón de Jesús, ella ve, por el contrario, un regalo que el Señor ha hecho a su Iglesia precisamente para nuestro tiempo. La época del culto al Corazón de Jesús no ha pasado, sino que ahora es su momento, el momento en que debe traer a la Iglesia y a la humanidad fuerza, consuelo y salvación.

La erección de un gran monumento nacional de expiación sobre una gran urbe y la organización de un congreso internacional para el estudio de la teología del

Corazón de Jesús, son una convincente respuesta a la mencionada objeción. Demuestran que no es el momento de alejar el Corazón de Cristo, sino de ponerlo con toda firmeza ante los ojos de los hombres y señalarles la fuente de nuestra salvación. Las masas de creyentes que desde lejos y desde cerca llegaron para tomar parte en las celebraciones, no deben hacernos olvidar las masas aun mayores que no comprenden todavía el Corazón del Señor y se sustraen a su influencia. Incluir las también a ellas y así extender entre todos los hombres el Reino del Amor de Cristo, es otra gran tarea a cuya realización están llamados a colaborar todos los cristianos.

Uno de los muchos méritos del Padre Ramière fue reconocer la fuerza renovadora para el mundo del culto al Sagrado Corazón de Jesús, esperando, por tanto, de la devoción al Sagrado Corazón, la renovación de la humanidad en Cristo. No quiso un culto al Sagrado Corazón que se agote tan sólo en piadosos afectos, sino un culto que tome en serio las ideas de la consagración y la expiación. Quiso una consagración que esté hondamente cimentada en el amor de Cristo, que impulse al apostolado y lo ofrezca toda para extender en el mundo el amor y la justicia de Cristo y para forjar la victoria por medio del trabajo, del apostolado, la oración y el sacrificio. Quiso una expiación que trate de vencer el desorden en la propia vida y en la vida social, que quiera contener la fuerza del pecado y abrir el camino para el amor de Cristo.

Haber señalado esta gran tarea de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús para la vida personal, social y pública, es quizá el principal mérito de esta Semana del Sagrado Corazón de Barcelona. Con ello, sus organizadores, dignos de gratitud y de elogio, han prestado un gran servicio no solamente a su patria, sino a toda la Iglesia.

FRIEDRICH SCHWENDIMANN, S. J.

*Director General Delegado
del Apostolado de la Oración*

Roma, 3 noviembre 1961.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Diciembre - 1961

GENERAL: Que se distribuyan entre los hombres los bienes de la tierra según la justa razón.

MISIONAL: Que bajo la dirección de la Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe, la luz de salvación del Evangelio sea llevada hasta los últimos extremos de la tierra.

EL OBISPO MORGADES, FUNDADOR EN ESPAÑA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

El Dr. Morgades en su época

El Excmo. Sr. Obispo Dr. José Morgades Gili, natural de Vilafranca del Panadés, tuvo una intervención operante en la vida religiosa de su tiempo, desde 1852, fecha de su ordenación sacerdotal, hasta 1901 en que murió ya Prelado de Barcelona. Estas son las etapas aproximadas de su vida sacerdotal: diez años de profesor, secretario y archivero del Seminario; veinte años de canónigo penitenciario, muchos de ellos con el cargo de rector del mismo Seminario; veinte de obispo de Vich y dos años, de la ciudad condal.

Desde 1851 — tenía veinticinco años — fecha que encontramos un manuscrito con su firma en primer lugar, junto a la de Joaquín Costa, el futuro jesuita confesor de Sardá y Salvany, Torras y Bages, Cayetano Soler, etcétera, y Buenaventura Ribas, historiador de S. Raymond de Penyafort, pidiendo al Obispo de Barcelona la institución de una *Academia Teológica-filosófica-literaria de Sto. Tomás*, con el intento de reunir a los “*amantes de instruirse*”, hasta la *Carta Pastoral Póstuma* — 1901 —, toda su larga vida sacerdotal tiene este signo: acción apostólica. No es el intelectual, que hace grandes síntesis y da elevadas orientaciones como el Dr. Torras y Bages; no aparece como eclesiástico de acción y de generosa propaganda planificada siempre sobre vibrantes y cerradas afirmaciones de tesis como el señor Sardá y Salvany; tampoco es un sacerdote de pacificación y tradición, meticoloso guardador de los órganos constituidos, como los doctores Casañas y Catalá. El doctor Morgades es un hombre de acción que anhela, en todo momento, conseguir con las fórmulas dictadas por un nobilísimo oportunismo, un fin apostólico. Vivió junto a los hombres; observó sus necesidades; sintió vehementemente los estímulos íntimos de sacerdote sincero para remediarlos y, en consecuencia, se lanzó a establecer instituciones y cooperaciones acomodadas a las circunstancias.

En este sentido es amplísimo el panorama donde se desarrolla su presencia sacerdotal. Si sus dotes de gobierno le acreditan en los múltiples cargos eclesiásticos que desempeñó, su eminente lugar fue aprovechado para crear, orientar y prestigiar de palabra, por escrito o con protección munificente, innumerables iniciativas que, más allá de la órbita eclesiástica, tenían como programa dentro su época la entonces popular divisa salustiana: “*pro aris et focis*”.

He aquí solo una breve enumeración: restauró monumentos como Ripoll, S. Juan de las Abadesas, Sta. María del Estany, Montgrony, Juan de Vilafranca, etc.; recogió los tesoros artísticos de su diócesis creando el

Museo Diocesano de Vich; aconsejó y subvencionó las revistas: *La Veu de Montserrat*, *El Criterio Católico*, *La Veu de Catalunya*, *La Tradició Catalana*, *La Barretina*, *El Mensajero del Sagrado Corazón* (ediciones castellana y catalana), *Aires de Montseny*, etc.; influyó en las grandes instituciones culturales de la época: *Jochs Florals*, *Círcol de S. Lluc*, *Orfeó Catalá*, etc.; existe la documentación que prueba que fueron pedidos y seguidos sus consejos en las grandes decisiones vaticanas de aquel tiempo sobre la vida religiosa española, e, incluso en la distribución de prebendas, y nombramiento de obispos: entre ellos cabe destacar — conservamos toda la documentación — la del doctor Torras y Bages a la diócesis de Vich; nunca escamoteó su criterio vivo y prudente — podríamos determinarlo exactamente —, sobre las cuestiones más apasionantes del momento, como fueron la unión de los católicos, el problema constitucional español, el integrismo, el renacimiento catalán, la cuestión social, etc.

El balance que en la actualidad podemos hacer, con el más severo análisis documental, es que durante treinta años la acción del doctor Morgades fue lucidísima y eficaz. Es siempre la realización de aquella peculiar característica que el doctor Torras y Bages le señalaba con estas palabras: “*Su carácter distintivo ha sido siempre ponerse en disposición de obrar: no hacerse extraño a ninguna de las situaciones de la vida social*” (*Obras Completas*, pág. 2025).

Fundador del Apostolado de la Oración

Su vida de acción tuvo siempre el contrapeso eficiente de una gran vida interior. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que encontramos vibrante, nunca desfalleciente, en el curso de toda su vida, la podemos señalar como una exuberancia selectísima de su más profunda piedad. ¡Lástima que no sea, ahora, posible ahondar en la multiforme grandeza de su alma sacerdotal de la que existen tantos públicos e inéditos testimonios!

No diríamos toda la verdad si callásemos esta circunstancia que incrementó en el doctor Morgades su devoción al Sagrado Corazón; su larga estancia en las tierras del sud de Francia, en los momentos difíciles y reflexivos de las guerras civiles que obligaron al destierro a tantos sacerdotes. Vivió en aquellos lugares donde el P. Ramière, difundía su apostolado. En toda Francia, en aquella época, esta devoción al Sagrado Corazón se levantaba como el antídoto eficaz de las desviaciones y conquistas revolucionarias. El clarividente celo sacerdotal del doctor Morgades abarcó todas las posibilidades de

santificación y conquista que ofrecía esta bandera. Anclado muy joven con selectísimos cargos eclesiásticos que lo unían a la vida pública de Barcelona, comprendió que esta devoción conjugaba magníficamente la íntima piedad de su alma y su anhelo Apostólico. De aquí surgió la gran realidad de aquellos "lazos fraternales con el ilustre jesuita tolosano, P. E. Ramière" e igualmente la afinidad sacerdotal "con aquellas obras — del P. Ramière — henchidas siempre de caridad ardiente y luminosas en gran manera por el singular conocimiento que revelan de las necesidades espirituales de nuestra época" (Torrás y Bages. O. C., pág. 2025).

En el documento fundacional del *Apostolado de la Oración* en España que es la solicitud escrita, mandada por el doctor Morgades al Excmo. Sr. Obispo de Barcelona, Dr. Pantuleón Montserrat el día 20 de mayo 1865, vemos manifestadas estas dos realidades: cómo la conciencia sacerdotal del Dr. Morgades vibraba responsablemente frente las tristes realidades que le rodeaban en uno de los momentos más dolorosos que atravesó en el siglo XIX nuestro catolicismo y, también, cómo, a consecuencia de la convicción que el Dr. Morgades tenía de que el *Apostolado de la Oración* era una eficaz y oportuna solución, emprendía una amplísima acción apostólica irradiada en múltiples campos.

En el primer aspecto son contundentes las palabras del Dr. Morgades describiéndonos su angustia: "Es imposible — dice a su prelado — que no haya llamado la atención de V. E. I. y contristado muchas veces su corazón apostólico, el desbordamiento cada día mayor del error y la mentira que amenazan seriamente el orden religioso, y por tanto el social, que subsiste y vive tan solo por la influencia salvadora de aquél". "Todos los hombres sinceramente cristianos contemplan con horror este pasmoso espectáculo, este porvenir aterrador, tan cargado de tinieblas y de incertidumbre..."

En el otro aspecto que hace referencia a su personal lanzamiento apostólico, existen en dicho documento, estas palabras que son una silueta maravillosa del gran hombre de acción: "La ORACIÓN como medio universal de acción; la ASOCIACIÓN como condición soberana de eficacia; la UNIÓN CON EL CORAZÓN DE JESÚS como fuente de vida para la asociación". Ya en el plano concreto de organización he aquí un haz fecundo de iniciativas: "En esta necesidad de la oración estriba el APOSTOLADO de su mismo nombre que tengo el honor de proponer hoy a V. E. I. ofreciéndole y dedicándole traducidos al español de la última edición francesa el libro titulado APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, compuesto por el Rvdo. P. E. Ramière de la Compañía de Jesús; el MANUAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN y varias hojas sueltas relativas a lo mismo; pidiéndole permiso para publicarlo como también todos los meses el MENSEJERO que se publica en Francia pero aplicado a las costumbres y necesidades de España; y, por último, la autorización para hacer conocer esta Santa Obra y difundirla por la Diócesis, que V. E. I. gobierna con tanto celo y sabiduría, para todo lo cual ya he ob-



tenido del Director General de la Obra facultades especialísimas que acompaño". "Tal es, Excmo. Sr., la Santa Obra sobre la cual reclamo la bendición, la protección poderosa y la autorización de V. E. I." El Prelado barcelonés, en fecha del 7 de junio siguiente responde entusiasta que: "Comprendiendo por la exposición toda la importancia que encierra el APOSTOLADO DE LA ORACIÓN por su objeto y medios de obtenerlo... aprobamos dicha asociación, la tomamos bajo nuestra protección y solicitud pastoral y autorizamos al Dr. D. José Morgades Gili, Canónigo Penitenciario de N. I. C. para que pueda plantearla en la Capital y parroquias del Obispado..."

Así quedó instituida en Barcelona y España la gran obra del *Apostolado de la Oración*.

Apóstol y polemista del Reinado Social del C. de Cristo

He aquí algunos breves testimonios públicos del vivo entusiasmo con que el Dr. Morgades cumplió su misión rectora al frente del *Apostolado de la Oración* que acababa de crear.

Convertido en el mensajero de esta devoción en toda la diócesis, visitó parroquias, predicó en ellas las exce-

lencias del Sagrado Corazón y dejaba, a su paso, establecidos los Coros del *Apostolado*. Sostuvo una larga correspondencia con los Prelados de España solicitándoles la creación de la Obra en sus diócesis y las indulgencias para enriquecerla. Vehículos difusivos de la devoción en todos los medios fueron las publicaciones de toda índole.

La obra fundamental "*El Apostolado de la Oración, Santa liga de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y salvación de las almas*", del P. Ramière, S. I. la tradujo de la cuarta edición francesa que va precedida del *Breve* aprobatorio del R. Pontífice y de la aprobación de muchos Obispos y Superiores de Congregaciones religiosas. En esta primera edición castellana existía esta nota curiosa que señala su interés personal: "*Esta traducción, para la cual se ha obtenido permiso del autor de la Obra, es propiedad, y los beneficios que tal vez resulten se emplearán en la propagación de la idea que forma su objeto. Todos los ejemplares irán rubricados de la siguiente manera: J. M. G.*". Estas letras eran las iniciales del nombre y apellidos del Dr. Morgades y estaban en todos los ejemplares de la obra acompañadas por su complicada rúbrica manuscrita. De esta obra se hicieron posteriormente muchas ediciones.

En el año siguiente — 1866 — de la publicación de la obra anterior, apareció la traducción castellana "*adaptada a las necesidades de España*" del *Mensajero del Sagrado Corazón* que se publicaba en Francia bajo la dirección del P. Ramière. Cuidó de su publicación el doctor Morgades hasta su nombramiento de Obispo de Vich en 1882. Dejó publicados 34 tomos. Conviene afirmar que esta ingente tarea pudo realizarla gracias, principalmente, a una perspicaz iniciativa. Creó en el Seminario, donde siempre tuvo cargos directivos, una *Biblioteca* especializada sobre la devoción al Sagrado Corazón. Hízose mandar de todo el mundo libros, folletos, hojas y revistas referentes a esta devoción. Quien esto escribe recuerda haber hojeado ediciones en japonés y ruso. En el local de esta *Biblioteca* se reunían los *Coros del Apostolado* establecidos en el Seminario. Una de las tareas era la distribución del trabajo de traducción y adaptación. Era una labor, en equipo, primero de seminaristas, que más tarde ya sacerdotes han dejado sus amores al Corazón de Jesús en grandes obras: Sardá y Salvany, Torras y Bages, Estalella, Cortés, Gatell, Vilarrasa, Ballester, Casañas, Carles, Barraquer, etc. A cada uno de estos nombres podríamos unir una fineza pública de su vida sacerdotal al Sagrado Corazón.

Como dato que nos dará la gran envergadura que tomó el *Apostolado* entre los fieles es el siguiente: estaban a disposición de los *Coros*, al mismo tiempo, cuatro textos publicados distintos del *Mes del Sagrado Corazón*: del Dr. Sardá y Salvany, del P. Segundo Franco, de M. S. Cusack y del Dr. Torras y Bages.

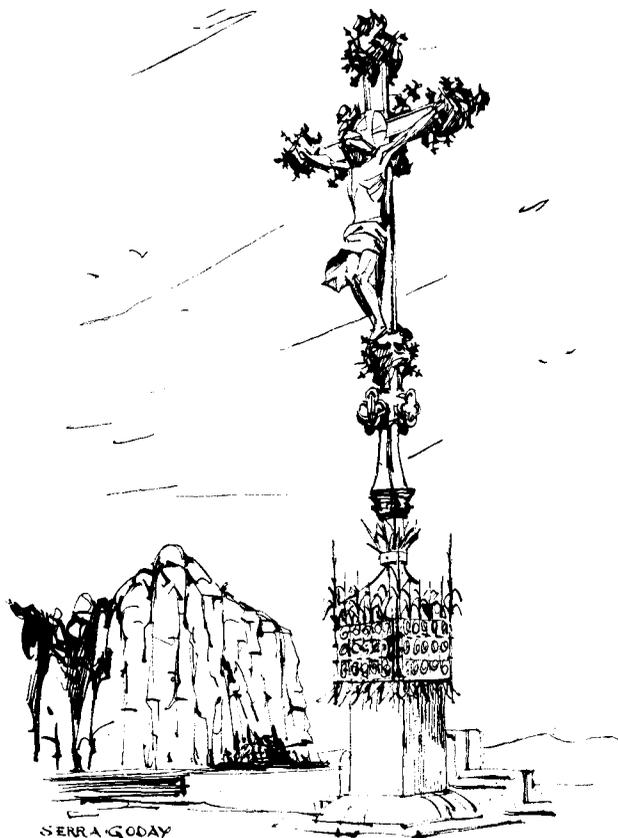
Es impresionante la lista que podríamos hacer de los títulos referentes a esta devoción: Sermonarios, Medi-

taciones, Devocionarios, Flores de Junio, Oficios, Novenas, Triduos, poesías, letrias, himnos, múltiples hojitas...

Toda la extensa labor que el Dr. Morgades realizó como coloso propagandista de la devoción al Sagrado Corazón en España constaba en un *Memorial* que su sobrino Rvdo. Manuel Bargañó y Morgades depositó en la *Biblioteca* del Seminario. Creemos que con la última guerra civil habrá desaparecido.

Anteriormente hemos dejado apuntado que este interés del Dr. Morgades por la devoción al Sagrado Corazón no sólo respondía a un deseo ascético de su vida interior sino que, también, era, según su criterio, una solución social a la angustiosa situación del catolicismo en Europa. Toda la obra del P. Ramière abunda en esta concepción y aquí existe el vivo entropo que el pensamiento del Dr. Morgades, hombre muy abierto a las realidades sociales que le rodeaban. Sobre esta unión espiritual y apostólica de los dos sacerdotes hemos de colocar el hecho doloroso que vamos a narrar.

El P. Ramière escribió, con un eco enorme en toda Europa, la obra titulada "*Soberanía social de Jesucristo o la doctrina de Roma acerca el liberalismo en sus relaciones con el dogma católico y las necesidades de las sociedades modernas*". El tema escogido y los conceptos del P. Ramière respondían al problema abierto en carne viva en el catolicismo de la época sobre la manera más



Rosario de Montserrat, V Misterio de dolor

adecuada de procurar el establecimiento de la soberanía social del C. de Jesús frente las tendencias laizantes surgidas de la Revolución. El Dr. Morgades conservaba una afinidad de criterio con su amigo el P. Ramière. Tradujo y adaptó inmediatamente — 1875 — esta obra. Quién no conoce los apasionamientos político-religiosos del s. XIX le será difícil situarse en la polémica que esta obra suscitó en Barcelona. En ella se centró seguidamente la pasión de las de las dos tendencias político-religiosas del momento. En enero de 1876 apareció un extenso folleto, firmado por el presbítero D. Benito Pascual con el título de *Observaciones críticas sobre la obra titulada Soberanía...* (Barcelona. Imprenta de F. Martí. 1876). Sus ciento cincuenta páginas eran la acusación al P. Ramière y al Dr. Morgades de propagandistas de teorías hobbsonianas, revolucionarias, anti-syllabus, etc., etc. En su ataque decía entre otras mil acusaciones calumniosas: “*el autor y el traductor se han hecho sospechosos de ser cómplices de la perfidia y sagacidad del liberalismo católico, afiliados a su bandera e instrumentos de sus inicuos planes*” (págs. 24-26).

Como afirmó el Dr. Morgades en una pública declaración se levantó un “*verdadero escándalo*” ya que la obra del P. Ramière había sido publicada en Barcelona, previo el informe del Dr. Sevilla, más tarde obispo de Gerona, con censura del Ordinario. Frente a la polémica que se suscitó, el Prelado barcelonés Fr. Joaquín Lluch y Garriga, el día 22 de mayo de 1877, publicó un edicto iniciando un proceso canónico contra el folleto “*que se había publicado sin su licencia*” y nombrando al mismo tiempo un tribunal eclesiástico formado por los prestigiosos teólogos de la época Dres. Felipe Vergés y Salvador Casañas y Fr. Manuel Ribé. En este enjuiciamiento doctrinal el Prelado presentaba ambas obras. La censura de dichos teólogos se refirió sobre los puntos de la obra del P. Ramière, impugnados por el folleto, para dictaminar si contenían alguna afirmación contra el dogma, moral o disciplina de la Iglesia y si merecían los calificativos que les daba su autor. El dictamen es minucioso y matizado respondiendo a las polémicas doctrinales que existían entonces en las esferas religioso-políticas de la nación. Ofrece apasionado interés histórico que estos teólogos que desean proceder con la más ecuánime rectitud de juicio, afirmen lo siguiente: “*en algunos puntos determinados es el P. Ramière poco exacto en su lenguaje... y que en alguna otra expresión aislada sería de desear más precisión... pero que en nada perjudica la ortodoxia de la obra en su espíritu... ni autoriza al autor del folleto para calificar el autor y el traductor de la SOBERANÍA SOCIAL DE JESUCRISTO con las gravísimas censuras y con las irreverentes palabras que lo hace*”. Por otra parte, el día 14 de mayo se inició el proceso delante el tribunal eclesiástico de Barcelona. Declararon los sacerdotes: Cayetano Barraquer, Salvador Casañas, Ricardo Cortés, etc. La declaración hecha por el doctor Morgades adquirió acentos patéticos cuando explicó que él personalmente se había presentado al autor del fo-

lleteo, Rvdo. Ignacio Puig — quien había usado el otro nombre como seudónimo — y le había suplicado que se abstuviera de la publicación, que se le había ofrecido para quitar, enmendar y retractar todo aquello que estuviese errado en la traducción y que, sobre todo, “*convenía evitar a toda costa un escándalo en asuntos de la Iglesia y ocasionado por miembros suyos*”. Este proceso largo y detallado en múltiples aspectos, terminó con la sentencia del Juez eclesiástico de “*suspensión en el ejercicio de sus potestades de orden y jurisdicción* al autor de dicho folleto, y el depósito en el tribunal de los ejemplares del mencionado escrito, con el derecho a recurso dentro de quince días. Luego, el proceso se diluye y complica en posteriores exhortos y prórrogas sin solución. Existe, empero, inédito un manuscrito del Rvdo. Ignacio Puig, con trescientos folios de gran tamaño, donde pretende una justificación tardía. Es, no obstante, un texto doctrinal sobre las polémicas religioso-políticas de su tiempo.

Hemos explicado y subrayado con detalles este episodio porque creemos que responde a un momento crucial en la difusión del *Apostolado de la Oración* que tenía en el *Mensajero* su revista portavoz y en el P. Ramière y el Dr. Morgades sus más grandes apóstoles. Fue un auténtico proceso público de cara a los medios religiosos de toda España en que los dos promotores del movimiento apostólico social recién instaurado, se vieron insidiosamente incriminados. Históricamente este hecho lo hemos de colocar entre los primeros de este conjunto doloroso que forman las luchas político-religiosas de la segunda mitad del siglo XIX.

Episcopado bajo el signo de la devoción al S. Corazón

La dignidad episcopal que recibió en 1882 dio, si cabe, más amplitud y dignidad a la difusión de sus fervores.

Nombrado obispo de Vich, al diseñar su escudo puso en la parte central superior, como presidiéndolo, la figura del Corazón de Jesús entre rayos de luz. Con este escudo selló su *Primera Carta Pastoral a sus diocesanos* en donde les anuncia que para “*cumplir su misión*”... “*lo esperamos todo de Él, por su sacratísimo Corazón, al cual, pensamos consagrar solemnemente nuestra Diócesis, como uno de los primeros y más consoladores actos de nuestro pontificado*”. Igualmente les recomienda: “*Sed sincera y verdaderamente devotos del Sacratísimo Corazón de Jesús, remedio efficacísimo concedido por Dios a las especiales necesidades de nuestro tiempo*” (Barcelona, 1883, págs. 31-40). Aprovecha cuantas ocasiones encuentra para propagar esta devoción. Tiene singular relieve el documento *Exhortación Pastoral... sobre la devoción al S. Corazón de Jesús y la cuestión obrera* (Vich, 1890). Al dejar sus diocesanos vicenses les recordó en su *Pastoral de Despedida de Vich* (Vich, 1899) que “*les consagró un día al Sagrado Corazón*” y que ex-

presamente para ellos “tradujimos y os dedicamos y profusa y gratuitamente os entregamos, el libro del APOSTOLADO DEL SAGRADO CORAZÓN.

Cuando de nuevo vuelve a Barcelona en 1899, ya como su Obispo, el contacto con la gran urbe que había recogido sus primeras campañas apostólicas, parece que le hace brotar nuevos entusiasmos. Dice, confiado, en su *Pastoral de Entrada a Barcelona*: “todo lo esperamos del Sacratísimo Corazón a cuyo efecto queremos que Nuestro primer acto de jurisdicción Episcopal en la Diócesis de Barcelona sea el consagraros de nuevo a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María”. En esta misma pastoral recuerda cuánto trabajó por el Sagrado Corazón en tiempos pretéritos y manda que en todas las iglesias de su obispado se coloque la Imagen del Sagrado Corazón y, en su defecto, una estampa que lo represente.

Su episcopado barcelonés duró poco tiempo ya que falleció el día 8 de enero de 1901. Nos legó su testamento espiritual en la *Carta Pastoral Póstuma... con motivo del Principio del Nuevo Siglo*. Corrigió sus pruebas el mismo día de su muerte. Teine ciento ochenta páginas consagradas a exaltar, de cara al nuevo siglo, la grandeza de “Jesucristo reinando ayer, hoy y eternamente”. No puede realizar el proyecto que acariciaba como su más vehemente deseo y que hubiera sido entre nosotros la coronación de su público amor al S. Corazón. Sabemos este proyecto por el *Prefacio* que el Vicario Capitular, futuro obispo auxiliar de Barcelona, Dr. Ricardo Cortés, puso como pórtico a la gran pastoral. “Cónstanos — dice —, que el difunto Obispo acariciaba la idea de levantar en nuestra ciudad un grandioso monumento a Cristo Redentor, como homenaje a su realeza sobre todos los siglos y todas las sociedades; la Providencia en sus inescrutables designios no le permitió ver realizado su piadoso deseo, pero sí, le concedió terminar otro monumento consagrado también a la gloria de Jesucristo, por que tal nombre merece la Pastoral que hoy publicamos” (Barcelona, 1901, pág. 1).

Otro aspecto del Dr. Morgades en la difusión del amor al S. Corazón nos queda para enumerar. Trátase de su intervención en la iniciativa, impulso y ayuda entre selecciones que se mueven al latido de esta devoción. Encontramos su presencia: en la publicación de muchas obras y folletos de diversos autores como Torras y Bages, Ballester, Verdaguer, etc.; en el *Certamen Nacional*, dedicado al Sagrado Corazón, celebrado en Tarragona el día 26 de junio de 1881; en la edición catalana del *Lo Missatjer del S. Cor de Jesus*, que tuvo como director el Rvdo. Gayetano Soler, etc. Del gran

poeta Verdaguer cantor maravilloso del Corazón de Jesús en multitud de poesías y sobre todo en el libro *Somni de S. Joan* tenemos este fragmento expresivo en una carta a su amigo el canónigo Collell: “Hoy el Sr. Obispo me ha bendecido el *Somni de S. Joan*. La bendición del prelado que ha sido el apóstol de esta devoción en España le ha animado y le ha hecho nacer las alas que le faltan” (*Carteig històric*, carta CXLI, pág. 198).

Como colofón de los datos anteriores y para dar una exacta medida del lugar que ocupaba dentro su época el Dr. Morgades, como apóstol del Sagrado Corazón, apuntaremos las grandes fiestas que se celebraron los días 10, 11 y 12 de octubre de 1896 en Montserrat con motivo de la concentración de todos los *Coros del Apostolado de la Oración* para inaugurar el *Misterio de Dolor* que ellos sufragaron. De estas fiestas dijo el Dr. Sardá y Salvany que sólo tenían parangón con las pasadas fiestas del *Milenario*. Más de doce mil romeros. Estuvieron presentes los prelados de Cataluña. Las revistas y periódicos católicos crearon un enorme clima de entusiasmo. Impresiona ver tantos nombres históricos de Cataluña unidos bajo la bandera del *Apostolado*: Puig y Cadafalch con el proyecto del monumento; el maestro Amadeo Vives compone la música para el *Himne del Apostolat de la Oració* que aquel día se estrenó; el escultor José Llimona modela la imagen del Crucificado; el *Orfeó Catalá* canta en las fiestas y quiere que su *Senyera* sea bendecida mientras se canta el nuevo *Himne de la Senyera* con letra de J. Maragall y música de L. Millet; los apóstoles de la época, Collell, Sardá y Salvany, P. Matas, Cararach y le P. Julio Alarcón, entonces director del *Apostolado de la Oración* en España, están presentes. Pero toca al Dr. Morgades ser el alma de estas fiestas: él recibió los peregrinos del *Apostolado* a medida que iban llegando en el Santuario; bendijo la *Senyera* al empezar el pontifical de la mañana; en la misma tarde presidiendo la larga procesión dio su bendición al *Misterio de Dolor*, “entre vivas al Sagrado Corazón y a la Moreneta” como dice la larga crónica de la *Revista Popular* (año 26-1896, pág. 252), que tenía en su basamento esta inscripción: “V. *Misteri de Dolor, Fou eregit per lo Apostolat de la Oració de Catalunya i solemnement beneit el dia onze de octubre de MDCCCXCVI*”; luego predicó en la gran basílica al retorno de la procesión... Después de estas grandes solemnidades recibió el Dr. Morgades una carta del Papa León XIII felicitándole por las fiestas pasadas que “han sido un timbre de gloria para Ud., a quien se debe la institución del *Apostolado de la Oración en España*”.

J. BONET BALTA, Phbro.

LUCES Y SOMBRAS

en el Congreso Internacional de Barcelona sobre el culto al Sagrado Corazón

Demos gracias a Dios. Se las debemos dar todos los que en una forma u otra participamos de la celebración del magnífico Congreso, y salimos llenos de los preciosos frutos de él. Pero aún más los que lo organizaron y los que llevaron el peso del trabajo, los cuales pueden bendecir al Señor con aquellas palabras del gran Apóstol San Pablo: "Demos gracias a Dios, que nos hace triunfar en Cristo, y descubre la fragancia de su conocimiento por medio de nosotros" (1).

El Sagrado Corazón de Jesús ha triunfado en este Congreso; y se ha servido de celosísimos apóstoles suyos para difundir un conocimiento más claro y más profundo de su Culto y Devoción, con la fragancia celestial que

suavemente penetraba nuestras almas, mientras nos llenábamos de las claridades divinas con que brillaron las luces que, procediendo del mismo Corazón de Nuestro amantísimo Redentor, iluminaron todo el Congreso.

Porque, ante todo y sobre todo, ha sido un Congreso de grandes y soberanas luces, que podemos esperar serán perennes e inextinguibles. Se ha encendido una antorcha de luminoso resplandor, que llevada por manos firmes con corazones ardientemente consagrados al Divino Corazón de Jesús, será entregada incólume a los subsiguientes Congresos Internacionales sobre el Culto al Corazón Sacratísimo, hasta su más completo y definitivo triunfo.

I. Luces del Congreso

Luces, en primerísimo lugar, y las de más resplandeciente fulgor, las que encendió en nuestras almas el Vicario del que es la Luz del mundo, Su Santidad el Papa Juan XXIII con sus dos memorables Documentos Pontificios, que han sido la gloria más luminosa y la corona más refulgente de todo el Congreso. Primeramente su preciosísimo Mensaje, que fue leído por su dignísimo representante el cardenal Cayetano Cicognani en el solemne Pontifical de la Fiesta de Cristo Rey, último día del Congreso, en el Templo Expiatorio Nacional del Tibidabo. Todo en el Mensaje Pontificio es luz que, alumbrando las mentes, calienta, y enardece los corazones y vivifica los espíritus; luz del Papa, aquel su "ardiente deseo de que las conclusiones trazadas por los notables especialistas en los temas analizados en la sección doctrinal y pastoral, contribuyan eficazmente a que cada día se difunda más el Culto al Sagrado Corazón de Jesús, con la intensidad, profundidad y seriedad que a tan preciosa devoción corresponden"; luz también, aquel su enlazar tan oportunamente el Templo Expiatorio de Barcelona con el Cerro de los Ángeles de Madrid y el Santuario de la Gran Promesa en Valladolid, "jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español, expresando sus sentimientos de amor y de reparación para con el Corazón de Jesús"; luz, el canto del Papa a "la expiación por el sacrificio", "el ideario del Tibidabo", el "supremo homenaje ante el Rey Pacífico de los pueblos", el medio más eficaz para que el Corazón de Jesús domine de un mar a otro mar y hasta los confines del orbe de la tierra"; luz, asimismo, la enar-

decida evocación de "aquellas primitivas cristiandades que un día asomaron sus templos al mismo azul mediterráneo, inflamadas por el Discípulo testigo del Corazón abierto por la lanzada, surcadas por el Apóstol intrépido de las inescrutables riquezas de Cristo"; luminoso, en fin, todo el admirable Mensaje. Y también luminoso el otro Documento Pontificio, el "Breve" por el cual "para perpetua memoria" Su Santidad el Papa Juan XXIII distinguió y honró (son sus palabras) el Templo del Tibidabo, situado en la Diócesis de Barcelona, con el título y dignidad de Basilica. La luz que iluminaba la mente del Papa se trasluce en este sentido Documento, cuando considera como "cosa nueva y oportunísima ese Congreso Internacional, que específicamente aspira a obtener que el Corazón Sacratísimo de Jesús sea honrado con piedad insigne y con el honor que se merece"; cuando subrayó "los otros acontecimientos relacionados con esta loable iniciativa, cuales son la Dedicación del Templo en honor del mismo Sacratísimo Corazón y la colocación de su estatua de bronce sobre la cúspide; y, por añadidura, será la Fiesta de Nuestro Señor Jesucristo Rey, en el último domingo de octubre, la que ponga a todo ello un broche de magnificencia"; cuando conmemoró la feliz idea, que surgió durante el Congreso Internacional de Madrid, el año 1911, de llamar "a aquel Templo, cuyas obras se iniciaban y estaban bien lejos de su terminación, Templo Nacional Expiatorio, y lo destinaron a reparar por los crímenes y pecados de la humanidad"; añadiendo con merecida y delicada alusión: "Y así sucedió que, por más de cincuenta años, y por obra y celo de los miembros de la Congregación Salesiana, se desarrollaron maravillosamente en él la

(1) 2 Cor., 2, 14.

piedad y el culto hacia el Sacratísimo Corazón, y desde allí se difundieron ampliamente”.

Símbolo hermosísimo y altamente significativo de estas luces espirituales que el inflamado corazón del Papa, tan identificado con el Corazón de Cristo, irradió sobre el Congreso y todo lo demás relacionado con él, fue el hecho de haber iluminado el mismo Sumo Pontífice, desde el Palacio Apostólico Vaticano, el Templo y la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo, el sábado 21 de octubre, a las 21,30, día en que se iniciaron las tareas del Primer Congreso Internacional sobre el Culto al Sagrado Corazón de Jesús.

Era necesario hacer resaltar, ante todo, las luces Pontificias.

Ahora ya, juntamente con ellos las que nos trajo el representante del Papa, el insigne Cardenal Cayetano Ciconnani; luces de refulgente resplandor en las mismas breves palabras con que agradeció el saludo que en nombre de la Ciudad y de la Diócesis de Barcelona le dirigió el señor Arzobispo-Obispo, al ser recibido solemnemente en la Plaza de la Catedral; y mucho más en su magnífico discurso de Clausura, el sábado 28, en el Palacio de la Música; discurso doctrinal y pastoral, lleno de sólida doctrina teológica e histórica, y de acertadas orientaciones pastorales, en orden a la práctica del Culto y devoción al Sagrado Corazón para gran bien de las almas y del Reino de Dios; y en su preciosa Homilía del Pontifical, en el Templo del Tibidabo, el día de Cristo Rey.

Luces también esplendorosas las de nuestros venerables Prelados; y a la cabeza de ellos el respetado y amadísimo Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona, Dr. D. Gregorio Modrego Casaus, alma y motor de todo el Congreso, al cual dio orientación luminosa e impulso acertadísimo con su Exhortación Pastoral, previa a su celebración; y después con su admirable Homilía en su Misa Pontifical del domingo 22, y en sus varias intervenciones, siempre oportunísimas y densas de doctrina y de celo pastoral durante el Congreso mismo. Y, a su lado, su Obispo Auxiliar, Dr. D. Narciso Jubany, que con edificante asiduidad asistió a las reuniones, las presidió, y tuvo unas intervenciones de imborrable memoria, por lo doctas y prudentes.

Como ambos Prelados de Barcelona formaron como corona de focos de luz al gran foco luminoso del Papa y de su Representante, otros insignes Prelados que actuaron en el Congreso: el Sr. Obispo de Solsona, Dr. D. Vicente Enrique y Tarancón, con su atinadísima y perfectamente documentada Ponencia “Principios doctrinales de orientación pastoral”, ante cuyas palabras, tan ponderadas con prácticas nos hacía la impresión de que caminábamos con pie firme sobre sendas segurísimas, guiados por una columna de luz; y el Sr. Obispo de Astorga, Dr. D. Marcelo González, con su elocuente discurso “Dimensión social del Culto al Sagrado Corazón de Jesús”, en el Palacio de la Música, en el que mostró los dilatados horizontes, llenos de celestes claridades que el Culto al Divino Corazón abre en la vida social de la familia humana.

Luces vivísimas también las de los admirables organizadores que llevaron todo el peso de la celebración del Congreso y de los cultos simultáneos en el Templo, la Cripta y la explanada del Tibidabo; los celosísimos hijos de San Juan Bosco, los amadísimos Padres Salesianos, que cumplieron perfectamente el consejo de Cristo al hacer que de tal manera brillase la luz de sus ejemplos ante los hombres, que viésemos todos con gran edificación esos mismos luminosos ejemplos, y glorificásemos por ellos al Padre que está en los Cielos: ejemplos luminosos, digo, de auténtica y ardorosa devoción al Corazón Divino, de trabajo sacrificado para disponerlo todo acertadísimamente, de unión fraterna de íntima caridad y colaboración con otros religiosos y con ilustres sacerdotes del Clero Diocesano, y de aunar las fuerzas existentes en España, confiando la Sección Doctrinal del Congreso a la Asociación de Teólogos para el Culto de los Sagrados Corazones que actúa en Valladolid, a la sombra del Santuario de la Gran Promesa, y la Sección Pastoral al Instituto de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca.

La misma preparación del Congreso, cuyos frutos se aseguraron con gran espíritu sobrenatural con las oraciones y sacrificios de millares de almas, fue toda ella un halo de luz serena; y lo mismo su celebración, al haberse dispuesto que mientras se trabajaba sería y constantemente en el centro de Barcelona en las Secciones de estudio, se tuviesen en el Tibidabo continuamente, día, tarde y noche, múltiples actos, variados y conmovedores, de piedad ardiente en honor del Sagrado Corazón. Singularmente luminosos los actos iniciales del domingo 22 en el Tibidabo, pues entre una Misa Pontifical por la mañana, y otra vespertina, se tuvo ahí, en la explanada, un devotísimo Vía Crucis, para que se viese con plena luz, como lo advirtió muy oportunamente el señor Arzobispo-Obispo en su Homilía de aquella mañana, que el Culto al Corazón de Nuestro amantísimo Redentor, lejos de amminorar o impedir el Culto a la Eucaristía y a la Santa Cruz, les da su mejor realce, explicación y complemento, ya que en el Corazón de Cristo adoramos su Amor sacrificado, el que le llevó al sacrificio de la Cruz, y el que le trae de continuo a su Sacrificio del Altar.

Insignes seglares también, hijos excelentes de la Iglesia, encendieron sus hermosas luces, y alumbraron con ellas los horizontes del Congreso: el Sr. Alcalde de Barcelona, D. José M.^a de Porcioles, con su vibrante y refulgente Pregón del mismo Congreso; y los Sres. D. Sergio Larrain, embajador de Chile en España, y Blas Piñar, director de Instituto de Cultura Hispánica, con sus maravillosos discursos, llenos de solidez teológica y ungidos de edificantísima devoción, sobre “El Corazón de Jesús y el Orden Internacional”, el primero; y, el segundo, sobre “El Sagrado Corazón de Jesús y el Apostolado”. Pocas veces el gran salón del Palacio de la Música habrá estado tan iluminado con resplandores sobrenaturales como en aquellas memorables noches.

Y ¿qué decir de la luz, mejor diré, de los haces de luz con que llenaron nuestras mentes las ponencias y las po-

nencias y las intervenciones para la discusión de ellas? Todo fue a la luz perenne y actual del Magisterio de la Iglesia; todo fue un “Sí” vibrante, un “Amén” entusiasta a los Documentos Pontificios sobre el culto y devoción al Sagrado Corazón; un admirable ejemplo del “sentir con la Iglesia”.

Punto aparte se merece una luz espléndida, y de capital importancia para norma, criterio y discreción de espíritus en este culto y devoción. Me refiero a las atinadas y oportunísimas palabras del Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona en su preciosa Homilía del Pontifical de la mañana del domingo 22, en el Templo del Tibidabo, cuando dijo: “Si alguna vez oís hablar con poca estima y poco aprecio del culto y devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, si notáis que algunos muestran recelos, desvíos, prejuicios en contra, pensad sin género de duda que todo eso está inspirado por el infierno” — ¡magnífica advertencia pastoral! —. Permítaseme un breve y agradecido comentario.

Es, en efecto, Lucifer, con sus satélites los ángeles rebeldes, quien a todo trance se opone, y con todas sus fuerzas, a que siguiendo nosotros a la Santa Madre Iglesia Jerárquica, tributemos al Corazón de Jesucristo el culto y devoción que Él quiere y la Iglesia enseña y promueve. Y para lograr su intento se vale, según su insidiosa costumbre, de las armas del engaño, de los sofismas, de toda su diabólica astucia. Y ¿quién se ha de extrañar de ello? En primer lugar, todo en este culto es humildad y amor; y Lucifer es la personificación de la soberbia y del odio. En el Corazón de Cristo contemplamos y adoramos aquella profunda humildad con que Él se sometió

a la voluntad del Padre Celestial, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz; y todo por su inmenso amor al Padre y a nosotros sus hermanos; y al practicar nuestra devoción al Corazón traspasado de Jesús, nos sometemos humilde y amorosamente al Rey manso y humilde, al Rey de amor, para vivir por amor en su fe, en su ley y en su gracia, correspondiendo nosotros al amor de Cristo con un retorno de amor que nos lleva a consagrarnos a Él, como Él se consagró al Padre y a nosotros para nuestra salvación, y nos lleva también a la reparación de su humilde entrega y su amor sacrificado mal correspondidos. ¿Es, pues, de admirar que Lucifer, el que “no permaneció en la verdad”, luche satánicamente, ya que él es la soberbia y el odio, contra la humildad y el amor? Y, en segundo lugar, sabe perfectamente Lucifer que la devoción al Sagrado Corazón es el gran medio para llegar al Reino de Cristo, al “Adveniat Regnum tuum”; y como Lucifer es el enemigo acérrimo del Reino de Cristo, pues este Reino, como enseña Pío XI en su Encíclica “Quas primas”, “se opone tan sólo al reino de Satanás y al poder de las tinieblas”, es natural que Lucifer ponga todos sus empeños, seduciendo a incautos, transfigurándose en “Ángel de luz”, luz fatua y engañosa, para impedir a toda costa el medio mejor para que Cristo reine en nosotros, en decir en los individuos, en las familias, en las sociedades, en toda la sociedad humana: la devoción, bien entendida y bien practicada, al Corazón de nuestro Divino Rey.

Y esto nos lleva como de la mano a señalar brevemente las sombras.

II. Sombras del Congreso

Las hubo ciertamente; digámoslo sin embages. Pero fueron pocas; y — apresurémonos a reconocerlo con júbilo y con gratitud al Señor — esas sombras no ensombrecieron el Congreso mismo; más aún, fueron providenciales, y para dos admirables fines: el primero, para que con ellas campeasen mucho más y mejor las luces; para que resaltasen más espléndidamente los claros y los fulgores; lo mismo que hacen los grandes artistas del pincel, cuando en sus grandes obras pictóricas ponen de propósito trazos oscuros, tintas sombreadas, para que por el contraste, ley eterna del arte, queden más realzados y hermosamente triunfantes los trazos de luz. Y, lo segundo, para que a ojos vistas se viese precisamente la necesidad del Congreso, y de otros ulteriores, pues es preciso que con mayor abundancia de luz, la que irradian los documentos del Magisterio de la Iglesia, puestos “in bono lumine”, profundizados, difundidos, llevados a las mentes, a las que el demonio ha oscurecido o sombreado, siga su marcha triunfal y llegue a la más completa y definitiva victoria en la Iglesia y en el mundo la devoción al Corazón de Cristo, causa de nuestra salud.

Las sombras fueron principalmente tres.

1.ª La exageración, por parte de algunos pocos, con

que se calificó, acumulando epítetos peyorativos y aun despectivos, la imagenería y la literatura del Sagrado Corazón en España. Se dijo, y apenas sin salvedades y sin excepciones, que todo en las imágenes y en los devocionarios del Sagrado Corazón es dulzón, acaramelado, sentimental, y con sentimiento femenino.

¿Habremos de salir en defensa de la piedad de las mujeres cristianas, que en tantísimas ocasiones y con tan admirables ejemplos, saben juntar con la delicadeza, la ternura y la dulzura que Dios mismo ha puesto en el corazón femenino, los más sólidos rasgos de fortaleza, las virtudes más robustas, los sacrificios más heroicos, que tantas veces nos confunden y nos avergüenzan a nosotros, los varones?

Pero, aparte de esto, y aun reconociendo todos de consumo que es difícilísimo expresar en pintura y en escultura la imagen verdadera y completa de Cristo con su Corazón patente, ¿no tenemos imágenes del Sagrado Corazón que inspiran una piedad fuerte y robusta, porque aúnan la expresión de la grave majestad del Señor con la de su bondad y misericordia, de su mansedumbre y su dulzura para con todos, y más los pecadores, que lo somos todos? Baste como ejemplo la misma imagen que

corona desde hace pocos días al cumbre del Templo Expiatorio Nacional del Tibidabo; y así no pocas en escultura y pintura de tantos altares en nuestros templos, y de tantos tronos donde está entronizado en muchos hogares cristianos.

Y cuanto a la literatura sobre el Sagrado Corazón, ¿es todo o casi todo como algunos indicaron? No se hace en innumerables iglesias y casas el Mes del Sagrado Corazón de Sardá y Salvany, librito modelo de piedad solidísima, de unción auténticamente cristiana; y el del P. Gautrelet, lleno del Evangelio y de su espíritu; y el del Dr. Torras y Bages, tan conocido y usado en su texto catalán dentro de Cataluña, y en su versión castellana en otras partes, y que es incomparablemente sólido, profundamente doctrinal y encantadoramente práctico? Y ¿no se comenzó en Barcelona, bajo la dirección del que fue insigne Obispo de la Diócesis, Dr. Morgades y Gili, y después se ha continuado en Bilbao la tan conocida publicación mensual "El Mensajero del Corazón de Jesús", que en sus numerosos tomos muestra los más preciosos ejemplos de doctrina sólida, de piedad vigorosamente cristiana? Con razón, pues, y con maravillosa oportunidad quiso el doctísimo Sr. Obispo Auxiliar de Barcelona, Dr. Jubany, clausurar los trabajos del Congreso en ambas Secciones, Doctrinal y Pastoral, evocando acertadísimo la figura y el ejemplo del gran Obispo de Vich, Dr. D. José Torras y Bages, con su preciosísimo Mes del Sagrado Corazón, y sus profundos y sólidos Escritos y Cartas Pastorales sobre el Sagrado Corazón. Pleno acierto el de esta evocación.

2.^a La segunda sombra fue la de las contestaciones, por parte de no pocos seminaristas y jóvenes universitarios, a una encuesta que se les había hecho. Todos esperábamos que en la Ponencia titulada "Situación actual del Culto al Sagrado Corazón de Jesús", se nos diese un cuadro completo de esta "situación actual"; cuando en que sin ocultarse los fallos, las crisis, los criterios equivocados de los que no sienten con la Iglesia en este asunto, y por lo mismo añadiéndose el debido correctivo y la oportuna refutación, se mostrase también, y aún más, lo mucho, lo muchísimo bueno que hoy tiene España en el Culto al Sagrado Corazón. Fue lástima que para la visión de esta "situación actual", se hiciesen oír tan sólo, o poco menos, las voces de quienes menos estaban llamados a dar su voto, los jóvenes seminaristas y universitarios, que cuando sus compañeros de otras naciones "están de vuelta", o van volviendo, ellos, por hacer del "progresivo" y del "moderno", hablan en contra, proceden desviadamente, aun después de la maravillosa Encíclica "Haurietis aquas" de Pío XII.

3.^a Y la tercera sombra fue la que se refirió a la Fiesta misma del Sagrado Corazón, como no apropiada a las esencias puras de la Liturgia. Cierta que el venerable Ponente, que por la mañana, en su exposición había sido más absoluto, por la tarde, en la discusión de su Ponencia, atenuó su posición, distinguiendo los aspectos jurídico, pastoral y metafísico de la Fiesta del Sagrado Corazón. Pero, aun concediendo de buen grado que ju-

rídicamente se ha de mantener dicha Fiesta, pues así lo dispone la Santa Iglesia; y pastoralmente es muy provechosa, por los frutos que la misma Fiesta produce y está llamada a producir en las almas; sin embargo, metafísicamente hablando, mantuvo se había de excluir.

La tesis del ilustre Ponente, si mal no recordamos, era ésta: si se redacta un Calendario Litúrgico, ceñido o reducido a las esencias puras de la Liturgia, no cabría en él la Fiesta del Sagrado Corazón. Y su argumentación, si no la entendimos mal, era la siguiente: en la Santa Misa tan sólo cabe la celebración de los Misterios de Cristo que en la misma Misa se realizan o se actualizan, y que son tan sólo la Pascua y la Epifanía; y como el Misterio del amor de Cristo, que es el objeto del Culto al Sagrado Corazón, con ser tan gran Misterio, no se actualiza en la Santa Misa, no es la Pascua ni la Epifanía, no cabría en un Calendario Litúrgico ajustado a las esencias puras de la Liturgia.

Ahora bien, con todo respeto, creemos se puede probar todo lo contrario, y precisamente con clarísimos textos litúrgicos. Entre otros muchos que se podrían citar, nos ceñimos a dos, que mutuamente se completan.

a) El primero es la Oración llamada Secreta de la Dominica 9.^a después de Pentecostés, y que, como es sabido, la puso el Doctor Angélico al frente de su tratado de la Eucaristía como sacrificio, en la cuestión 83 de la Tercera Parte de la Suma Teología, ya que es sumamente apropiada para dar comienzo a su doctrina de que todo lo que Cristo nos mereció y nos consiguió por el Sacrificio suyo de la Cruz, nos lo aplica todo, nos lo da y comunica por su Sacrificio del Altar. Dice así la citada Oración: "Te rogamos, Señor, nos concedas frecuentar dignamente estos misterios: porque veces se celebra la conmemoración de esta Hostia (de esta Víctima), se realiza la obra de nuestra redención". Mas ¿cómo se realiza siempre en la Santa Misa la obra de nuestra Redención?, ¿quién la realiza?

b) Lo dice hermosa y profunda la Sangrada Liturgia en la estrofa 2.^a del precioso himno "Ad regias Agni dapes", del Tiempo Pascual:

"Divina cuius caritas
Sacrum propinat Sanguinem,
Almique membra Corporis
Amor Sacerdos immolat."

Es decir: la divina Caridad de Cristo es la que en la Santa Misa no sólo derrama místicamente su sagrada Sangre, sino que nos propina, nos ofrece y nos da esta misma Santísima sangre como precio de nuestra redención, para que los frutos de la Redención que en la Cruz nos alcanzó Cristo por su inmensa caridad, esa misma Caridad nos los comunique en el Altar; y el Amor de Cristo, hecho Sacerdote (¡Sublime y profunda expresión!), es el que inmola místicamente su Santísimo Cuerpo, haciéndolo juntamente alimento de nuestra vida sobrenatural, esto es en la Comunión. Siendo, pues, esto así, como evidentemente lo es, y así lo canta la misma

Sagrada Liturgia; y siendo la Caridad divina de Cristo, su triple Amor de Dios-Hombre, Redentor nuestro, el objeto del Culto al Sagrado Corazón; ¿qué Misterio de Cristo se realiza, se actualiza más en la Santa Misa, que el Misterio del Amor de su Corazón? ¿Y no es precisamente este Misterio de Amor el que realiza, el que actualiza en la Misa los Misterios de la Pascua y de la Epifanía? Por lo tanto, ¿qué Misterio de Cristo pertenece más a las esencias puras de la Liturgia que el

Misterio del Amor del Corazón de Cristo? Su Fiesta, pues, entra de lleno, pertenece más que la de ningún otro Misterio de Cristo a las esencias puras de la Liturgia, ya que este Misterio es el que se actualiza más, y el que actualiza todo lo demás.

Desearíamos haber aportado alguna luz, siquiera tenue a disipar las tres sombras indicadas. Y terminemos haciendo constar que el Congreso, en su conjunto, fue de esplendísimas luces.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

REINO Y CORAZON

Por el interés del tema y su adecuación a este número, reproducimos el siguiente artículo de "La Vanguardia" (29-X-61), debido a la autorizada pluma del Dr. Roquer.

Cuando en Nicea (siglo IV) se definió la consustancialidad del Unigénito con el Padre, quedó refulgente, en su pregnante fórmula dogmática, la eterna realeza de Cristo. De donde la feliz añadidura al "símbolo" del inciso: "cuius regni non erit finis", de cuyo reino no existirá el fin. Se trata de la fase definitiva y triunfal: el Reino de los Cielos.

Pero no debemos olvidar la otra vertiente de la realeza: la temporal, histórica, militante: el Reino de Cristo en la tierra. Reino primordialmente espiritual cuya nota distinta es la "trascendencia", cual compete al abierto camino del cosmos a Dios. La festividad de Cristo Rey tiende a robustecer nuestra fe en esa segunda dimensión que tiene virtud singular para adentrarnos en las abismáticas honduras de la divina dilección, del divino Corazón. Con ello se conjugan dos atributos que fuera de Cristo aparecen en flagrante contraste, sino en zahiriente contradicción: realeza y corazón.

He acentuado el carácter espiritual del "reino temporal" de Cristo para no tener que recurrir a una segunda renuncia o abdicación positiva de la "potestad y el honor" temporales por parte del Redentor. Es corolario del sobrecogedor misterio de la "kenosis" o anonadamiento el no ejercitar Jesús un derecho radical. Que nadie lo atribuya, pues, a impotencia o a rechazo explícito, sino a providencial silencio, fautor de íntima consagración en medio de las coyunturas más extravagantes que nos ha brindado la terrenal dominación.

La espiritual e histórica realeza de Cristo no puede dejar de tener aspecto bitronte: individual y social. De Pío XI, promulgador del documento institucional de

nuestra festividad — ¿quién no recuerda la Encíclica "Quas primas"? — tomamos la siguiente reflexión: "Reine Jesucristo en la mente de los individuos por sus doctrinas, reine en los corazones por caridad, reine en toda la vida humana por la observancia de sus leyes y por la imitación de sus ejemplos". Aprenda todo cristiano a informar su existencia con arreglo al ideal de Cristo. Sólo así su discipulado será legítimo. Pero Cristo debe reinar también en "la sociedad familiar y en la sociedad civil". Entonces se harán derivar de Dios, como de su radical origen, los derechos de la autoridad, para que ni en el mandar falte norma ni en el obedecer obligación y dignidad".

La devoción a Cristo Rey, repetía el gran paladín del culto al Corazón de Jesús. P. Orlandis, S. I., es como una de las "ideas-fuerza" que se abren camino, vencen y avasallan. Su difusión es técnica de espiritual conquista, salvación de la ruina colectiva y fermento de verdadera paz. Con profunda observación del curso de los humanos eventos, nos mostraba su remota existencia en la Iglesia. Si ha proliferado con mayor abundancia en nuestros días, ha sido por reacción saludable contra los efectos del laicismo en sus múltiples manifestaciones — individuales y sociales — de indiferencia y olvido. La carta magna de la soberanía de Cristo, prosigue el sabio jesuita, es el Amor de Caridad, por cuya penuria agoniza la sociedad contemporánea. Pero, fuertemente asido de la mano de los grandes papas Pío XI y XII, deja alentar en su ancho pecho la esperanza; anticipación del gozo debido a que todo el orbe, de corazón y voluntad se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey, y "presa-

giando ya los frutos que confiamos han de brotar copiosamente en la Iglesia del culto al Sagrado Corazón de Jesús... extendiéndose de este modo por todo el mundo su imperio y su reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz”.

Relacionando Corazón y Realeza, el P. Ramière había llegado a la fórmula: “Que el Corazón de Jesús reine y la unidad del mundo será un hecho”. Que no se trata de un “slogan” banal — como el que esgrimiría un hindú, un confuciano o un marxista, trocando el antecedente por un hipotético triunfo de su punto de vista — lo justifica nuestra teología demostrando que tiene perfecto sentido la “universal soberanía del Corazón de Cristo”, mientras que carece de él la universalización de los parcialismos que especifican a los sistemas que pretenden realizar la unidad de la humanidad. El “Cuerpo místico” no tiene más que una posibilidad en Cristo. Fuera de Él, la

humanidad no será viable: ningún sistema ni doctrina alcanzará jamás la “catolicidad”.

Tal vez esta idea ha sido poco desarrollada en el Congreso Internacional que hoy se cierra con tanta brillantez. No importa. En la entraña de nuestra personalidad vige la firme convicción de la indispensabilidad del Amor de Cristo para que el concepto cultural de humanidad consiga plenitud y unidad social, adecuándose a la catolicidad de la Iglesia romana. Ello nos alienta a perseverar en la difusión del culto al Sagrado Corazón, dentro del ámbito litúrgico trazado por el Magisterio, y consiguientemente a difundir la fecunda enseñanza del “reinado social” de Cristo como coordinada espiritual indispensable para la ecuación personal de la santidad, para la consecuencia integral de la justicia y de la paz por el Amor de Caridad.

R. ROQUER, Pbro.

INCORPORACION A CRISTO

Recientemente recordaba el Papa que en el momento de su Primera Comunión, tomó un “primer compromiso de honor en el camino de una inocencia bendita y feliz”: fue este, su agregación al Apostolado de la Oración.

Que Juan XXIII haya conservado este recurso, antiguo de 70 años, y que lo mencione en un discurso oficial, prueba la importancia que él conceda al Apostolado de la Oración. Esta obra, con tanta frecuencia e insistentemente recomendada por los Soberanos Pontífices, tiene como órgano fundado por el R. P. Ramière en 1861: “El Mensajero del Corazón de Jesús”, del que se celebra este año el centenario.

¿Cual es la finalidad de esta revista? “La misión principal del Mensajero — nos dice su fundador — es inculcar y desarrollar bajo todos sus aspectos, esta magnífica doctrina de la incorporación del cristiano a Jesucristo”. Para alcanzar este objetivo, para presentarlo a los socios del Apostolado de la Oración, puso el P. Ramière su perseverante entusiasmo y encendido ardor. Sus sucesores de entonces y de ahora, continúan su obra adaptándola a las necesidades de cada época. La doctrinal del Cuerpo Místico es la más apta para animar sobrenaturalmente todas nuestras campañas de apostolado, particularmente nuestra Acción Católica.

El dogma y sus consecuencias

Cristiano aislado, cristiano individual, estas palabras no pueden yuxtaponerse y menos asociarse. Mutuamente se excluyen, se rechazan una a otra. Todo cristiano es un bautizado, y todo bautizado es incorporado a Cristo y, en Cristo, se une a todos los hermanos de Cristo. Todos juntos constituyen el Cuerpo de Cristo, es decir la Iglesia. Imposible unirse a Cristo sin unirse a todos los miembros de Cristo. “Todos, en efecto, hemos sido bautizados en un sólo Espíritu para no formar sino un solo cuerpo... y hemos sido abrevados por el mismo Espíritu.” (I. Cor. XII, 13).

Es el Cristo total, la cabeza y los miembros, los que

están llenos del mismo principio de unidad y de vida, por el Espíritu Santo.

Los cristianos llevan una vida *solidaria*, no *solitaria*. No solamente deben salvarse, sino que estando unidos unos a otros, deben salvarse unos por otros. Hijos de Dios, pedirán unidos en una oración común, que todos los hombres alcancen la salvación, puesto que a todos ha sido dado el poder de llegar a ser hijos de Dios. El dogma de la Comunión de los Santos, es preciso no sólo profesarlo, sino ponerlo en práctica. Tal que la ambición del R. P. Ramière: “¡Oh! quien me diera, escribía, de hacer comprender a todos los cristianos lo que hay de real y vivo en el dogma de la incorporación a Cristo”.

En el cuerpo místico de Cristo, hay una comunidad objetiva de bienes sobrenaturales. Santo Tomás lo enseña claramente: "Todos los que están unidos juntos por el lazo de la caridad reciben de sus buenas obras un mutuo aprovechamiento". Por lo tanto, cuando efectuamos una obra buena, es el Cuerpo Místico entero que

participa. Elisabeth Leseur lo había comprendido: "Cuando me elevo, decía, elevo al mundo". Los Socios del Apostolado de la Oración están persuadidos de servir a todos los intereses de la Iglesia, gracias a su común inserción al mismo Cristo y por medio de la ofrenda de su vida toda.

Aplicación a la Vida Apostólica y a la vida diaria

La incorporación a Cristo viene a parar normalmente a la identificación con Cristo. Es el *Mihi vivere Christus est*, de San Pablo. Cada cristiano, si vive la lógica de su bautismo, puede exclamar con toda verdad con el gran Apóstol: "Vivo, pero ya no soy yo, es Jesucristo quien vive en mí." (Gal. II, 20). De esta identificación con Cristo, he aquí dos aplicaciones de actualidad constante.

I. — Vida apostólica

Por nuestra identificación con Cristo participamos en esa divina caridad que lanzó nuestro Salvador a la extraordinaria aventura de la Redención. En la medida que queramos, como es nuestro deber, aportar nuestra colaboración a la obra redentora, nos es preciso recibir el impulso de esta divina caridad: ya se trate de Acción Católica o de otra forma de servicio en la Iglesia, recordemos que el motor de todo auténtico apostolado es el amor. Todo otro móvil esteriliza sobrenaturalmente la abnegación de los cristianos. Es necesario poner nuestra acción pastoral y apostólica dependiente de Cristo. Sólo Él salva; sólo Él santifica; sólo Él hace avanzar el reino de Dios. Es necesario que abramos nuestros corazones a las efusiones de su caridad. "El Apostolado, decía Juan XXIII a los Congresistas de A.C.I., no es una empresa humana, con objetivos temporales; es una empresa divina, toda sobrenatural en su origen y en su fin."

II. — Vida Cotidiana

La incorporación a Cristo, la identificación con Cristo en su vida de ofrenda, dan un valor divino a las tareas cotidianas de la vida profana. Se está unido a Cristo, en la vida religiosa (Misa, oraciones, recepción de

Sacramentos); se está también en la vida familiar, profesional, social e incluso en el ocio o descanso.

Por el ofrecimiento diario que nos pide el Apostolado de la Oración, todos nuestros actos, todos nuestros gestos, se convierten en actos y gestos de Cristo. Pascal lo había entendido bien al decir: "Hagamos las pequeñas como las grandes cosas, con la discreción debida a la dignidad de Cristo, que las hace en nosotros y con nosotros". Nuestra pajita de acción, posee un valor de redención que es necesario saber explotar para la salvación del mundo. Teniendo, por nuestro estado de gracia, almas divinizadas; nuestra unión con Cristo sobre todo en su vida de ofrenda, dará a toda nuestra actividad, incluso profana, un alcance teologal: todas las cosas serán llevadas hacia Dios y tomadas por Dios. Podremos así llevar una eficaz ayuda a la solución de los problemas mundiales de la Iglesia y del reino de Dios.

* * *

El Apostolado de la Oración es una obra de la Iglesia. Pío XII vio en ella "un compendio de las reglas de Acción Pastoral", un "resumen bien adaptado de toda acción pastoral".

El Apostolado de la Oración ofrece a todos los cristianos una espiritualidad apostólica basada en un dogma fundamental: la incorporación de Cristo, que exige la conformidad con Cristo.

PIERRE-MARIE THEAS
Obispo de Tarbes y Lourdes

("Journal de la Grotte". Lourdes, 1 de octubre 1961).

CONTENIDO VITALISTA DEL CULTO AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Pronto hará unos tres años sacamos a la luz pública la palabra “verbivitalismo” para expresar, en gracia a las corrientes ideológicas modernas, la síntesis filosófico-teológica del Cristianismo. La opinión de firmas muy autorizadas me alentó a hacer uso de ella en este mismo curso para definir la actitud del cristiano ante lo temporal (CRISTIANDAD, n.º 361, marzo 1961). Y así concluimos: “La actitud, pues, del cristiano ha de ser verbivitalista, y cuanto más lo sea, tanto más salvará su circunstancia, que no se puede desligar de su yo, en hecho de verdad, para su condenación o salvación; con el bien entendido de que esta elevación a la vida divina (participada) no viene a suprimir la vida racional, el raciovitalismo — en cuanto es razón y vida —, sino a perfeccionarlo si el hombre pone las debidas condiciones”. Nuestro punto de partida era más bien el panorama filosófico que nos mostraba Ortega y Gasset, cuyas páginas pretendíamos enmendar a la luz de la doctrina cristiana.

Hoy con el favor divino, y en ocasión del *Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús*, celebrado en Barcelona, intentaremos ofrecer una visión panorámica de las corrientes teológicas para deducir que esta devoción, ganaría quizá en adeptos, o se revalorizaría, si acentuásemos su contenido vitalista, su influencia en la vida individual, social y católica.

Panorama teológico

Nos pueden servir a maravilla las conclusiones que hemos leído en dos revistas de investigación teológica llegadas a nuestra mesa de estudio este año: *La Ciencia Tomista* (julio-diciembre 1960) y *Studium Legionense* (Seminario de León, 1961).

Para nuestro objeto tal vez nos interese más el trabajo de la primera; tanto es así que de buena gana transcribiríamos, suscribiéndolo, buena parte del contenido, si no temiésemos traspasar los lindes de nuestra revista. Creemos, sin embargo, que nuestra referencia les bastará. El artículo se titula *La Teología Clásica y las últimas tendencias en el concepto de Teología* (págs. 607-634):

“Recordemos que la teología modernista — leemos en la pág. 633 — ha llegado a identificar teología y vida, y que ha comenzado como reacción contra una teología clásica decadente, que llegaba a disociar exageradamente ambos conceptos, haciendo la teología ineficaz o inútil para la vida.

Es fácil comprender que ambas posturas son extremas y viciosas. Lo es la modernista porque implica negación de la teología. Y esto en su mismo principio, porque parte de una teología no en lo que tiene de clásico, sino en lo que tuvo de decadente y de vicioso. Esto quiere de-

cir que si esta etapa de decadencia, donde se abusó de la “racionalidad” convirtiéndose en conceptualismo, con huida del realismo, disoció la inteligencia y la vida, también es verdad que la perspectiva clásica hace de la teología un *ser para la vida de la fe*, por cuanto que la ven como esencialmente “ciencia subalternada” de la fe, resoluble o terminable últimamente en el contenido de la fe.

La teología no es vida, es para la vida; como no es fe, sino que es para la fe, dispone al sujeto para la vida de fe. Pero solamente prepara, no la hace. Para hacerla hay que llegar a ella desde la misma fe. Es el teólogo, no la teología, quien lo ha de conseguir. La modernista ve en el servicio racional un elemento no meramente incidental que es preciso trascender para no constatar sino el contenido sobrenatural de las verdades creídas. En este sentido no hay necesidad de distinguir entre teología y sujeto. Sería función de la sola teología, con lo que los campos no quedan deslindados y se confunden ambos hábitos. Pero universalmente si los modernos ven en la teología la *vida misma*, y los clásicos su condición de *ser para la vida*, es necesario invocar y poner en primer plano la *intervención* del teólogo para hacer sintonizables, coherentes, ambos aspectos de la realidad. Y esta intervención se obtiene cuando el teólogo esté movido por el hábito de la fe.

De este modo entre teología y fe existe una articulación perfecta. La fe exige en cierto sentido la teología como complemento, así como la teología exige la fe como resolución última. Mutuamente se completan y ayudan, pero una no elimina a la otra. Cada una se mueve en su propia esfera y dice tendencia a la otra” (Fr. Ramón García Rodríguez, O. P. — Estudio General de Granada).

El otro estudio a que nos referimos se titula *Teología y vida en la Liturgia* (págs. 11-53):

1. “No se aspira — se dice en la pág. 23 — a dar de lado el estudio de la Teología científica como algo inútil; ésta es un precioso legado que ha hecho maravillosos servicios a la causa de la verdad católica en cada momento de la historia de la Iglesia y, por tanto, también hoy es necesaria, porque a ella pertenece comprobar la firmeza de los materiales, con los cuales se construirá el edificio en que se pueda vivir, como dice Junngmann. A ella corresponde proyectar continuamente luz sobre diversos aspectos del misterio de Cristo, hasta hoy escasamente elaborados... La Teología científica, dice Schmaus, es una manifestación vital de la Iglesia; «por medio de ella adquiere la Iglesia un conocimiento más profundo y concreto de las cosas creídas por ella»; «ese estudio y exposición de la conciencia de la fe y de la revelación de la Iglesia, inspirada y mantenida viva por Cristo, en el Espíritu Santo». La Teología científica es indispensable:

Cristo, que sigue viviendo en su Iglesia, es Verdad y Vida...

2. Tampoco se busca revolucionar los estudios teológicos, hasta el punto de prescindir de la Escolástica, con el pretexto de un mayor acercamiento de la Teología a la vida; una consigna segura a este respecto se contiene en las palabras de Pío XII en la encíclica *Humani Generis*. Según él «...es suma imprudencia el abandonar o rechazar o privar de su valor tantas y tan importantes nociones y expresiones que hombres de ingenio y santidad no comunes, bajo la vigilancia del Sagrado Magisterio y con la luz y guía del Espíritu Santo han concebido, expresado y perfeccionado — con un trabajo de siglos — para expresar las verdades de la fe, cada vez con mayor exactitud, y (suma imprudencia) sustituirlas con nociones o expresiones fluctuantes y vagas de la nueva filosofía, que, como las hierbas del campo, hoy existen y mañana caerían; aún más, ello convertiría el mismo dogma en una caña agitada por el viento»...

Esta Teología escolástica sigue siendo necesaria aún en la empresa de que aquí tratamos, porque, lejos de ser incapaz para la vida, es la «sobria ebrietas», que señala los diques, los linderos, entre los cuales puede correr con mayor seguridad la corriente del entusiasmo. Digamos con el padre H. Rahner, S. I. — uno de los más ardientes defensores de la Teología llamada kerigmática — que «sería un contrasentido pretender plasmar el pneuma del entusiasmo kerigmático (vitalista) sin el Logos de la Teología escolástica transmitida y penetrada escolásticamente. Sería un contrasentido porque el Espíritu Santo siempre procede del Padre y del Logos».

3. Salvada la Teología científica, escolástica, se intenta, como se dice, completar el proceso teológico... Es necesario completarlo con la función valorativa o sapiencial, «que consiste en poner de manifiesto los valores religiosos de la verdad relevada, su exigencia, su aptitud y ordenación intrínseca a convertirse en alimento de la vida cristiana individual y colectiva.» (Nicanor Díez de Miguel, Pbro.)

Pensamiento pontificio

En este último estudio se lee al principio unos conceptos de San Pío X, y acabamos de leer unas palabras de Pío XII, de feliz recordación, en su *Humani Generis*: cita que podemos redondear con un párrafo del artículo de *La Ciencia Tomista* (p. 617): «Los estudios teológicos que ha ocasionado la H. G. han puesto suficientemente al descubierto los fundamentos de las nuevas tendencias. Es este un punto en el que no es necesario insistir, si no es para insinuarlo. La encíclica condena el movimiento que importa la teología nueva, y propone una solución para la creciente preocupación de los teólogos: *la teología de la Iglesia*. ¿Cuál es esta teología? Evidentemente no puede tratarse de una marcada teología vitalista — como lo es la actual — desconectada de su fundamentación «objetiva». Pero tampoco será una teología totalmente desconectada de la vida, como lo era la tradicional en su estadio último de «decadencia» contra el

que reacciona la moderna. *La encíclica propone una teología que, fundándose en el ser, sirva para la vida, y que, orientándose hacia la vida, termine últimamente en la posesión del ser divino*. Esta es la verdad de la actual cuestión del problema teológico. La razón, pues, de esta situación actual estriba en la disociación profunda entre ser y vida. Y comienza originalmente como una reacción y contraréplica a la clásica, en lo que ésta tenía de decadente, no de validez universal».

En los discursos y alocuciones de nuestro Sumo Pontífice, gloriosamente reinante, nos parece descubrir un afán insistente en hacer *carne viva* los dogmas de la religión católica; su mismo oficio de «Pastor animarum», para no poner otros ejemplos: «*Verbum et exemplum!* He aquí la huella característica del pontificado romano. El *verbum*, la palabra, es el reflejo de la comunicación del Hijo de Dios a todos los hijos de los hombres, convertidos por la redención en hermanos suyos. El *exemplum* indica la configuración de la vida y de la actividad del divino Pastor, que penetra con su gracia iluminadora y santificadora en todas las almas. A un año de distancia de este toque sobrenatural por el que el humilde servidor de Dios fue llamado — permitidme la ternura de esta expresión que se nos ha hecho familiar — al oficio de servidor de los siervos del Señor, es natural en Nós, como recogiendo el signo de vuestra filial amabilidad, la serena confianza de que el servicio de pastor no desmerezca». (4 noviembre 1959.)

Creemos sinceramente que la labor del próximo Concilio Vaticano II tendrá como punto de mira, directa e indirectamente, en las discusiones teológicas y en las decisiones pastorales, conjugar la teología científica con la kerigmática, la vitalista. Parecen insinuarlo todos los preparativos, por si no fuesen muy elocuentes las directrices que Su Santidad una y otra vez está trazando al efecto.

«Queridos hijos: el «espíritu sobrenatural» es cosa grave e importante. No es comparable un Concilio Ecueménico y un tratado de política nacional o internacional.

Las dos concepciones de la vida humana, tanto del individuo como del hombre perteneciente al orden social, vida del espíritu y vida del cuerpo, vida eterna y vida temporal, deberían conciliarse fácilmente entre sí, aunque distinguiéndose sin excluirse. El Salmo lo expresa bien: «*Caelum caeli Domino; terram autem dedit filiis hominum*, los cielos son cielos para el Señor; la tierra se la dio a los hijos de los hombres (Ps. 113, 16). Pero suele ocurrir que algunos enfrentan y oponen el cielo a la tierra, vida eterna a vicisitudes humanas. En cambio, la religión, el culto al Señor, la santa Iglesia, los acerca y une. ¡Ah, qué misterio de verdad, de gracia y de salvación es la santa Iglesia Católica en su triple manifestación de vitalidad divina y humana: Iglesia militante, purgante, triunfante!»

Pero no es inútil repetirlo. La Iglesia se preocupa ante todo del espíritu, pero también la afectan las solicitudes ordinarias de la vida cotidiana y puede y quiere santificarlas; sin embargo, realiza esto en el acto mismo de



XXXVII DIA UNIVERSAL DEL AHORRO

31 OCTUBRE 1961

AHORRO INDIVIDUAL BIENESTAR COLECTIVO

El ahorro individual, que asciende en las Cajas de Ahorros que integran la

FEDERACION DE CAJAS DE AHORROS CATALANO-BALEAR

A TREINTA Y CINCO MIL MILLONES DE PESETAS

permite a estas Instituciones ayudar al bienestar colectivo con el sostenimiento de importantes obras benéfico-sociales

**HOSPITALES • SANATORIOS • CLINICAS • DISPENSARIOS
COLONIAS ESCOLARES • GUARDERIAS • HOGARES PARA LA VEJEZ
BIBLIOTECAS • CONSTRUCCION DE VIVIENDAS ECONOMICAS
PENSIONES Y PREMIOS AL AHORRO**

Confíe sus economías a las Cajas de Ahorros benéficas y cooperará a dar realidad social al lema bajo el cual han actuado durante el presente año.

**CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE BARCELONA
CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS DE CATALUÑA Y BALEARES
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE BARCELONA
CAJA DE AHORROS "SAGRADA FAMILIA"
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LAS BALEARES
CAJA DE AHORROS DE SABADELL
CAJA DE AHORROS DE TARRASA
CAJA DE AHORROS DE MANRESA
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE MATARO
CAJA DE AHORROS DE MANLLEU
CAJA DE AHORROS DEL PANADES
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LERIDA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE GERONA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE TARRAGONA
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE POLLENZA
CAJA DE AHORROS Y MONTEPIO DE LA PUEBLA**

GARANTÍA DE SUPREMA CALIDAD



INDUSTRIAS RIERA - MARSÁ

S. A. T. E. R.

Sociedad Anónima Tejidos Enrique Rocamora

**NOVEDADES
PARA SEÑORA**

C. Cruz, 64 SABADELL Teléf. 2123

PADRÓ Y CASAS

Fábricas de paños y novedades

Despacho: Cruz, 31 y 33
Fábrica: Cruz, 29

Teléfono 1716
SABADELL

**Montepío «Divina Pastora»
PARA EL SERVICIO DOMÉSTICO**

Recomienda a sus afiliadas que al cambiar de residencia, se pasen por dicho Montepío, para que les sea facilitada la dirección de su Montepío en la nueva ciudad donde vayan. Solucionarán sus dificultades. Les encaminarán bien en la capital desconocida que les aguarda.

**Hijo de
Antonio Cirera**

S. A.

LANAS Y PEINADOS

Casa fundada en 1875

MADRID-SABADELL

invitar al cristiano a mantenerse en guardia, pues le pueden distraer de levantarse a Dios, principio y fin, a Jesús Salvador y a todo lo que Jesús representa: Evangelio, vida de Cristo en nosotros, nuestra vida en Él, nuestra vida en Cristo Jesús, humilde, paciente y glorioso. Esto significa, queridos Hermanos e hijos, prepararse al Concilio con sentido de elevación sobrenatural según el espíritu de la santa Iglesia, evitando confundir lo sagrado con lo profano, las intenciones de orden espiritual y religioso con los esfuerzos humanos — aún dignos de respeto — que miran únicamente a buscar goces, honores, riquezas, prosperidad de vida material” (Pentecostés, 1960).

El culto al Sagrado Corazón no puede estar al margen de ello

Con decir que el culto al Sagrado Corazón de Jesús se considera en la práctica como la más completa profesión de la religión cristiana, casi no habría necesidad de demostrarles que tan saludable devoción no puede estar al margen de lo que nosotros llamamos Verbivitalismo. En otras palabras, el culto al Sagrado Corazón de Jesús se ha de revalorizar dándole este alcance Verbivitalista, pues muchos de los que tienen en menos esta devoción, a mi ver, lo hacen por ignorar este su altísimo valor. La Encíclica *Haurietis Aquas* nos ofrece como prueba abundantes párrafos:

“Tengan todos la firme persuasión de que en el culto al augustísimo Corazón de Jesús lo más importante no son las prácticas externas de piedad, y que el motivo principal de abrazarlo no ha de ser la esperanza de los beneficios que nuestro Señor ha prometido en revelaciones, por demás privadas; precisamente para que los hombres cumplan con más fervor los principales deberes de la religión católica, a saber, el deber del amor y de la expiación, así también obtengan de la mejor manera su propio provecho espiritual.”

Los motivos teológicos son de hondura. Se exponen magníficamente cuando se señala el objeto material y formal de esta devoción:

“Y así del elemento corpóreo que es el Corazón de Jesucristo, y de su natural simbolismo, es legítimo y justo que, llevados por las alas de la fe, nos elevemos no sólo a la contemplación de su amor sensible, sino más alto, hasta la consideración y adoración de su excelentísimo amor infuso, y finalmente en un vuelo sublime y dulce a un mismo tiempo, hasta la meditación y adoración del amor divino del Verbo encarnado; ya que a la luz de la fe, por la cual creemos que en la persona de Cristo están unidas la naturaleza humana y la naturaleza divina, podemos concebir los estrechísimos vínculos que existen entre el amor sensible del Corazón físico de Jesús y su doble amor espiritual, el humano y el divino. En realidad estos amores no se deben considerar sencillamente como coexistentes en la adorable persona del Redentor divino, sino también como unidos entre sí con vínculo natural, en cuanto al amor divino están subordinados el humano, espiritual y el sensible,

los cuales son una representación analógica de aquél. No pretendemos con esto que en el Corazón de Jesús haya que ver y adorar la que llaman imagen formal, es decir, la representación perfecta y absoluta de su amor divino, no siendo posible representar adecuadamente con ninguna imagen criada la íntima esencia de este amor: pero el alma fiel, venerando el Corazón de Jesús, adora juntamente con la Iglesia el símbolo y como la huella de la caridad divina, la cual ha llegado hasta a amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano, contaminado con tantos crímenes.”

Es, por tanto, necesario, en este argumento tan importante como delicado, tener siempre presente que la verdad del simbolismo natural, que relaciona el Corazón físico de Jesús con la persona del Verbo, descansa toda ella en la verdad primaria de la unión hipostática...

Esta verdad fundamental nos permite entender cómo el Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, es decir, del Verbo Encarnado, y que por consiguiente representa y pone ante los ojos todo el amor que nos ha tenido y NOS TIENE AÚN. (Aun cuando ya no está sometido a las perturbaciones de esta vida mortal — se nos había dicho en párrafos anteriores — sin embargo, vive y palpita y está unido de modo indisoluble con la Persona del Verbo divino, y en ella y por ella, con su divina voluntad.) Y aquí está la razón por qué el culto al Sagrado Corazón se considera, en la práctica, como la más completa profesión de la religión cristiana. Verdaderamente la religión de Jesucristo se funda toda en el Hombre-Dios Mediador; de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo conforme a lo que Él mismo afirmó: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí”. De donde fácilmente deducimos que el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús es, por la naturaleza misma de las cosas, el culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, y, al mismo tiempo, el ejercicio del amor que nos lleva a Dios y a los otros hombres; o, dicho de otra manera, este culto se dirige al amor de Dios para con nosotros, proponiéndolo como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación; y tiene por fin la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres mediante el cumplimiento cada vez más generoso del mandamiento “nuevo”, que el Maestro Divino legó como sagrada herencia a sus apóstoles cuando les dijo: “Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado... El precepto mío es que os améis unos a otros, como yo os he amado”.

De consiguiente:

“A la vista de tantos males que, hoy como nunca, trastornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero, ¿dónde, venerables hermanos, hallaremos un remedio eficaz? ¿Podremos encontrar alguna devoción que aventaje al culto augustísimo del Corazón de Jesús, que responda mejor a la índole propia de la fe católica, que satisfaga con más eficacia las necesidades actuales de la Iglesia y del género humano?...”

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

LA CRISTIANDAD DE ORIENTE

Motivos de separación y razones de hermandad

Discurso del Cardenal Secretario de Estado, Amleto J. Cicognani, en la «Semana de Estudios del Oriente cristiano» (20 septiembre 1961)

Cuando el gran apologista Ireneo de Esmirna, discípulo del obispo Policarpo, exaltaba en el siglo II, el primado espiritual de Roma, su voz no revestía un tono polémico y no suscitaba reacciones de oposición, sino que, por el contrario, encontraba un asentimiento ecuménico que interpretaba el pensamiento de la cristiandad oriental y occidental.

“Ad hanc enim Ecclesiam — Roma — propter — potiore[m] principalitatem necesse est omnem convenire Ecclesiam... in qua semper... conservata est ea quae est ab Apostolis traditio” (Adversus Haereses, lib. III, c. 3).

Sede de la Cátedra de Pedro, Roma, en el pensamiento de la catolicidad del segundo siglo, representaba el vértice de convergencia de los creyentes en Cristo Jesús por una soberanía espiritual de magisterio y de jurisdicción que le llegaba del primado de Pedro. En ella se había siempre conservado intacta y genuina la tradición, es decir, cuanto los apóstoles habían autorizadamente transmitido a sus sucesores, por los que cada cristiano debería “convenir”, es decir, consentir en la fe, en armonía de pensamiento con Roma.

La afirmación de Ireneo expresaba una certeza católica que había tenido precedentes conformes y que en el futuro encontrará nuevas expresiones precisamente en el mundo oriental.

El mismo Orígenes, pocos años más tarde, condenado en Alejandría por el obispo Demetrio, apela al juicio del Papa Hipólito y para ello emprende, en el año 212, un viaje, entonces nada fácil, hacia la ciudad eterna, donde asiste con íntima satisfacción a un sermón de Hipólito, como asegura San Jerónimo en el capítulo 61 del libro *De viris illustribus*.

Los padres de Calcedonia (451), desaprobando la conducta de Dioscuro, se expresan así: “Dioscuro ha tratado de hacer un Concilio — el latrocinio Efesino — sin

el permiso de Sede Apostólica”. Y el séptimo Concilio Ecuménico (787) rechaza el acuerdo iconoclasta del 745 que había osado arrogarse la prerrogativa de ecumenicidad con esta expresión: “¿Cómo puede ser ecuménico si no ha tenido la ratificación del Papa de los romanos?” (Mansi, XIII, 208).

Sócrates, el historiador del siglo VII, en su *Historia eclesiástica* (II, 17) declara con energía que “no se debe, contra la advertencia del obispo de Roma, legislar sobre las iglesias”.

Pero escuchemos todavía una palabra, acertada y oportuna, y, sin embargo, llena de confianza, la de Sofronio de Jerusalén que al comienzo del 600, oprimido por las insidias de la herejía monoteleta, envía a Roma a Esteban, obispo de Dora, con el siguiente propósito: “Recorre toda la tierra hasta llegar a la Sede Apostólica donde se encuentra el fundamento de la fe ortodoxa, di a la santísima persona de esa Sede todas nuestras dificultades, y no dejes de suplicarle a fin de que su sabiduría apostólica y divina pronuncie la sentencia victoriosa y destruya canónicamente y disuelva la nueva herejía” (Mansi, X, 896).

Estos trazos son ya suficientes para hacer siquiera entrever cómo sentía entonces la comunidad oriental la unidad con Roma y el Primado del sucesor de Pedro y cuán arraigada y universal era esta creencia para quien, al mirar hoy la separación de los hermanos orientales, llamados ortodoxos, se queda amargamente sorprendido y le resulta difícil explicarse cómo, aun permaneciendo unidos en la fe de Cristo Jesús, no “convengan” ya, no “consientan” ya, después de tan unánime adhesión con la Sede Apostólica.

Y, sin embargo, la división y los motivos que la han determinado, son quizá menos profundos, si bien se les examina, de cuanto pueda parecer teniendo en cuenta su larga duración, mientras que, en cambio,

una íntima fraternidad ha continuado siempre intercediendo entre nosotros y el Oriente separado, precisamente en el sentido subrayado por S. S. Juan XXIII, que en un mensaje a los orientales les ha prodigado una expresión llena de benevolente amabilidad: “*Ego sum Joseph frater vester*” (Yo soy José, vuestro hermano).

Como el antiguo patriarca José, convertido un día en el hombre de confianza del faraón, al ver a los hermanos acudir a los colmados graneros de Egipto impulsados por la carestía, subraya los naturales vínculos de la carne que el tiempo en que estuvieron alejados no había podido borrar, así Juan XXIII ha deseado llamar la atención sobre los fraternales vínculos espirituales que las dificultades y las incomprensiones no pueden anular, para invitar a los católicos y disidentes a rehacer aquella atmósfera de recíproca comprensión y efectiva caridad en la que es fácil encontrar el unánime acuerdo sobre aquellas verdades en sí indefectibles e intangibles por los humanos acontecimientos, que un día constituían un patrimonio común y pacífico.

Por lo demás, en el alma de los mismos orientales no unidos a Roma, está latente, pero vive, el aludido sentimiento de fraternidad que no deja de manifestarse cuando una especial circunstancia de sentido relieve lo exige, como ha sucedido al anunciarse por parte del Padre Santo el Concilio Ecuménico Vaticano II que ha suscitado en los hermanos separados sinceras aquiescencias y espontáneas respuestas de entusiasmo, suficientes para demostrar que aquellos han acogido el acontecimiento como empresa que pertenece a su misma vida y como un acontecimiento de su pertenencia.

Señal manifiesta de que vive en sus espíritus un fundamental y nunca apagado anhelo de unidad, inherente, por otra parte, a la fe en Jesucristo: “*pro eir rogo... ut unum sint*”, y una magnética atracción,

razón de serenadora seguridad, hacia la Sede Apostólica.

Al convencido testimonio de Ireneo, al que seguía entonces una resonancia ecuménica, se une el llamamiento universal del Pontífice reinante, también acompañado de vivo y favorable eco, por lo que es lícito suponer que una fundamental fraternidad ha quedado siempre viva, a pesar de los siglos de separación, y que las razones que la han enturbiado a menudo, y reducido al silencio, no son en sí tan irreductibles por cuanto están más bien ligadas a las mudables contingencias, a las eventuales circunstancias.

Por ello hemos de considerar ante todo las características propias de la cristiandad separada de Oriente con los motivos que explican la casi milenaria separación de Roma, para después detenernos sobre las razones de hermandad que deberían constituir tema de confiada reflexión y sugerencia de caritativa acción precisamente para ratificar la feliz presentación del Padre Santo: "Ego sum Joseph frater vester".

2. La iglesia de los siete Concilios

Desde la primera asamblea ecuménica de Nicea, en el 325, en la que se esclareció la doctrina trinitaria contra la herejía arriana, hasta la otra celebrada igualmente en Nicea, en 787, que definió la fe católica acerca de la veneración de las imágenes, se cuentan siete concilios ecuménicos en que el Oriente y el Occidente se encuentran plenamente concordes y proceden con igual paso en la formulación de la verdad y en la defensa contra los errores.

La infiltración de la cultura helénica, el exclusivismo de las escuelas, las personales rivalidades, dan motivo a la aparición de los primeros errores, y el Oriente una y otra vez está vigilante contra sorpresas, asistido y cooperando con el Sumo Pontífice, para asegurar la pureza y la claridad del depósito de la fe, para poner a punto las fúlgidas definiciones sobre la dignidad del Hijo de Dios, sobre la unidad personal de Cristo, la dualidad de las naturalezas y de las voluntades, la maternidad divina de la Virgen, el culto de los santos, ayer como hoy puntos intangibles de la fe y fuentes imprescindibles de la sabiduría teológica, de la vida litúrgica y de la inspiración mística.

Nicea, Efeso, Constantinopla, Calcedonia, nombres ligados a los fastos gloriosos de la vida de la Iglesia, son luminosos e insustituibles indicadores de ruta para quienes nos sentimos reconocidos deudores a la sabiduría y a la santidad del Oriente que en aquella primera juventud

asistía a un hermoso florecimiento de doctores y de santos; el mismo credo, familiar expresión de fe, y carta de identidad del creyente, está ligado a aquellos nombres.

En aquellas solemnes asambleas el Oriente se encontraba con Pedro y sus sucesores, y, como ya Pablo, con Cefas en Jerusalén, hallaba el medio de reconocer en su primado espiritual la garantía de su propio pensar, la seguridad del camino, única condición de progreso; y constituye por ello indirecta confirmación de la autoridad del Sumo Pontífice el hecho de que el Oriente separado se haya como detenido precisamente allí donde comienza su disentiimiento con Pedro, y claramente lo expresa la denominación por aquél adoptada: "La Iglesia de los siete concilios".

¿Por qué de los "siete concilios" y no de los "ocho" si también el octavo Concilio, cuarto de Constantinopla, se celebró en Oriente en el 869-70?

Aludiremos apenas a la respuesta, que tiene valor histórico más que relación a nuestro propósito, recordando que el octavo Concilio pedido por el patriarca Ignacio y por el emperador Basilio para decidir la suerte de los clérigos ordenados por Focio, aceptó los cánones disciplinares de un precedente sínodo romano, dados a conocer en Constantinopla por los legados pontificios, donde se establecía su degradación.

Mas, con el retorno de Focio a la sede patriarcal y con su subsiguiente reconciliación con el Papa Juan VIII, en el sínodo de Santa Sofía, de común acuerdo, las actas del octavo Concilio fueron entregadas a las llamas, por lo que los orientales lo consideran como nunca celebrado, teniendo, además, otro motivo para olvidarlo: la escabrosa controversia acerca de la jurisdicción sobre Bulgaria que ellos deseaban adjudicar al patriarca de Constantinopla y que, en cambio, permaneció siempre ligada a Roma por su vecindad con la Iliria.

Por lo demás, también en Occidente el octavo Concilio fue reconocido como ecuménico sólo a fines del siglo XI, cuando la ruptura producida aconsejaba adoptar de nuevo aquellos cánones disciplinares.

Como bien se comprende, se respira ya aquí una difícil atmósfera de lucha y escisión; y precisamente a las circunstancias que la preparan y a los motivos que la explican deseamos ahora referirnos.

3. El equívoco político: el cesaropapismo. Bizancio, «segunda Roma»

Bizancio, antes que Constantino, por razones de estrategia y defensa del imperio estableciese allí la capital, era un pequeño

centro, eclesiásticamente dependiente de Heraclea, y sólo hacia fines del siglo III se habla de obispos en aquella sede. La leyenda según la cual el apóstol Andrés, el "protoclista" o primer llamado, había enviado un obispo a Bizancio es más bien tardía.

Pero luego, con la presencia del emperador y de todos los organismos centrales que le rodean, la importancia de la capital crece de día en día, aumenta el número de la población de modo extraordinario y su prestigio eclipsa el de las sedes circunstanciales como Efeso, Heraclea, Antioquía...

El emperador, en el pleno ejercicio de su potestad legislativa judicial y administrativa, publica edictos y pronuncia sentencias que a menudo se refieren a materias correspondientes a la autoridad religiosa y no deja de dar directrices y sugerencias a los obispos y monjes complacientes que solicitan de él su inoportuno parecer.

El fasto de la corte ejerce natural atracción incluso entre el elemento eclesiástico y la esperanza de obtener privilegios y favores de que el emperador se siente pródigo con el propósito de rodearse de hombres serviciales atrae hacia el palacio del César a una muchedumbre de vanidosos y débiles.

El emperador se da prisa en proponer asambleas eclesiásticas y concilios para el examen de cuestiones controvertidas en las que a menudo interviene dirigiendo la discusión e indicando la solución, de modo que realiza bien el juego de aparecer como autoridad benéfica y pacificadora, presentándose al pueblo bajo la luz del *Defensor Ecclesiae*, mientras que la autoridad papal, lejana y desconocedora, no tiene fácil posibilidad de expresarse.

Pasaron pocos años desde el traslado a Bizancio cuando ya el emperador promueve en el 381 el II Concilio Ecuménico y como única autoridad regula su modo de proceder y desenvolvimiento hasta el punto de hacerse aclamar "isapóstolo", igual a los apóstoles; el Papa intervendrá solamente para la confirmación final.

Semejante atribución de facultades podía facilitar el nefasto error de interpretar el bien de la Iglesia en conformidad con los intereses políticos y personales (mediante una confusión de competencias que alguna que otra vez se ha vuelto a dar en la Historia y ha conducido siempre al lamentable resultado de ver conculcado el poder espiritual y la necesaria libertad de su ejercicio).

Contra el principio de Cristo, que libera la interioridad de la conciencia de cualquier poder terreno: "Dad al César lo que es del César", se deja abierto el reino de

Dios, la Iglesia ante las indebidas intromisiones de la mentalidad humana y, bajo este perfil, también la separación oriental se presenta como un particular momento del conflicto entre reino de César y reino de Cristo, entre poder terreno y poder eterno, entre idea católica e idea nacional.

Desde Constantino a Miguel III, desde Eusebio de Nicomedia a Focio, la Iglesia de Oriente asiste casi sin interrupción a polémicas y discusiones entre postulados católicos defendidos por el Obispo de Roma, sucesor de Pedro, y axiomas nacionales sostenidos por el emperador, que encuentra a menudo en el obispo de la capital un condescendiente colaborador.

Lucha que, en Roma al igual que en Bizancio, produce sus víctimas y sus héroes, no dispuestos a ceder a las pretensiones imperiales, como los Sumos Pontífices Silverio, Virgilio, Martín I, y los santos patriarcas Eutiquio (565), Germano (729), Nicéforo (815), Ignacio (858).

La continua intervención indebida del emperador en la esfera religiosa engendra en la mente de la mayoría la convicción de la necesidad y rectitud de esta acción, y avanzando más en ese confuso pensamiento, se llega al declarado equívoco político — así lo llaman — como es el de ver ligada la suprema jurisdicción espiritual a la suerte del emperador y de la Roma imperial.

Como el emperador de Bizancio continuaba la misión y la gloria de los predecesores y se llamaba emperador romano, Constantinopla se convertía en heredera de los fastos y de las prerrogativas de la ciudad eterna y pronto se asignaba el título de “segunda Roma”.

Mientras sobre las riberas del Tiber, despobladas y arrasadas por los dominadores bárbaros, voces misteriosas susurraban cantos de victorias ya remontadas por los siglos, y la ciudad languidecía en el recuerdo de lejanos triunfos, sobre las orillas del Bósforo la civilización latina encontraba nuevos fulgores como poetizaba un autor anónimo del siglo VII dirigiéndose a Roma:

*Deseruere tui tanto de tempore reges
cessit ad Gaecos nomen honosque tuum
in te nobilium rectorum nemo remansit
ingenuique tui rura Palasga colunt [tur
Constantinopolis florens nova Roma voca-
moenibus et muris, Roma vetusta, cadis.*

(*Muratori-Antiquitates italicae. — Medii Aevi. Milano, 1738, 6 vol.*)

Se abre paso así, incierto al comienzo, pero después cada vez más claro, el pensamiento de que Bizancio, legítima heredera del imperio lo fuese también de la

suprema jerarquía eclesiástica que, habiendo dejado Roma de ser capital, debía transferirse a la Roma “nueva”.

De otra parte, el Papa había gozado hasta entonces de la máxima potestad, no tanto como sucesor del Príncipe de los Apóstoles cuanto por haberse asentado en el corazón del imperio, por lo que la nueva Roma, vaciando de contenido la promesa de Cristo hecha a Pedro, concederá al Papa un primado de prioridad y de honor, pero no de verdadera jurisdicción.

Hemos llegado así, por imperceptible y a la vez irremediable procedimiento, a la plena expresión del equívoco político que ve el primado del Sumo Pontífice condicionado por el imperio de Roma, por un conjunto de motivaciones terrenas que están en neta antítesis, más aún, anulan el espíritu religiosa de la revelación nueva.

En confirmación de esta mentalidad que iba penetrándolo todo, el patriarca Juan VIII, el Ayunador (588), asumirá el título de Patriarca Ecuménico ya antes adoptado como apelativo solamente honorífico y lo enfrenta, en Occidente, al de “*Servus servorum Dei*”, de Gregorio Magno, Papa en aquel mismo período.

Se perfila así el concepto de una diarquía religiosa que debilitaba y ponía al margen la relevante idea de “catolicidad”, con la consecuencia de presentar al Papa como totalmente entregado a los intereses de Occidente, a menudo en oposición con los orientales, y de interpretar bajo esta luz acontecimientos políticos y hechos históricos que ponían, una contra otra, a las dos riberas del Mare Nostrum.

Un grito de indignación y de protesta se levantó en Oriente cuando el Papa León III, desesperado de encontrar en el Basileus un valioso defensor contra los longobardos, acudió ansiosamente al Sacro Romano Imperio imponiendo sobre la cabeza de Carlomagno, en la noche de Navidad del 800, la corona imperial.

Un bárbaro usurpador había sido preferido al único legítimo poseedor del supremo poder político al que Roma había osado sustraerse con gesto de abandono y casi provocativa traición, contra el sagrado convencimiento de la unicidad del jefe civil: *una fides, unum baptisma, unum imperium*.

Otros acontecimientos, históricos como las Cruzadas, la toma de Constantinopla, mientras en Occidente revisten finalidades religiosas y humanas a la vez y se insertan en el correr de aquella evolución europea que prepara la Edad Moderna, en Oriente son siempre mirados como ofensa de una autoridad sacra que ya no es reconocida.

El amargo sentimiento de la falta de comprensión, la natural reacción ante la

aludida interpretación de los acontecimientos, acelera cada vez más aquel proceso de alejamiento al que antes una desmedida convicción de grandeza había ya hecho andar mucho camino.

Bien se comprende cómo el pueblo sufre, más bien pasivamente, este nacer y crecer de oposiciones y rivalidades con Roma en las que la autoridad civil y religiosa oriental procedían de común acuerdo y así se encontró, ignorante de sutiles cuestiones, separado de la Sede Apostólica sin apenas enterarse.

4. El equívoco canónico

En justificación del progresivo desgaje no falta esfuerzo, inicialmente tímido y después cada vez más declarado, de dar vida a normas legislativas que definan con acento duradero la nueva posición de grandeza adquirida por Bizancio y su consiguiente sustracción a la jurisdicción de Roma.

Ya en el canon 3.º del Concilio Constantinopolitano I, se establece con medidas palabras, y desde el punto de vista ceremonial incluso se legitima, que “el obispo de Constantinopla tendrá un primado de honor después del obispo de Roma” con el resultado de reconocer a aquella ciudad, hasta entonces simple sufragánea de Heráclea, una cierta supremacía sobre todos los vastos territorios del imperio bizantino y proporcionar un pretexto oportuno a quien esperaba asignar a la nueva Roma un verdadero primado de jurisdicción.

Poco más de medio siglo fue suficiente para que en Calcedonia se diera un resuelto paso adelante, silenciando esta vez la atenuante expresión de “honor” para atribuir a la sede patriarcal de Constantinopla un primado de jurisdicción sobre el Oriente.

No es preciso destacar el reconocimiento que deba la Iglesia a aquel Concilio que configuró definitivamente, después de Nicea y Éfeso, el ser divino y humano de Cristo, aprobando plenamente la fórmula del Papa León; pero después que la mayor parte de los obispos, más de 500, había partido para sus respectivas sedes, un grupo de 150 se reunió en sesión suplementaria y al *Corpus Conciliare* de 27 cánones, ya definido y suscrito, añadió un vigésimo octavo que venía a sancionar y en cierto modo a dar pábulo a las ambiciones imperiales y patriarcales.

Roma se opuso a la injustificada adición y, precisamente por este retraso de dos años, la explícita aprobación de los cánones, por lo demás con anticipación ratificados en cuanto estuviesen conformes con la fórmula enviada y que allí se indujo

que había sido solamente rechazada por un motivo pastoral cual era el de no ofrecer a los monofisitas el pretexto de interpretar en su favor el silencio papal, como claramente se expresa León en la Carta a Marciano: "pues los herejes abusan de mi silencio para su oposición al Concilio" (P. L. 54-1.017).

El canon 28 de Calcedonia se convirtió ya en una segura premisa, a menudo invocada en las discusiones de los años sucesivos, para la conclusión favorable al primado de Bizancio, y se le encuentra repetido y confirmado en los Concilios posteriores como el Trullano del 692 — canon 36 — y el 8.º Concilio Ecuménico que lleva a término y confirma ampliamente los supuestos derechos y las aspiraciones de la sede patriarcal de Constantinopla.

Después de la confirmación del Trullano, todas las colecciones griegas, y a veces también las latinas, reproducirán el canon 28 de Calcedonia, y es tan evidente el sutil germen de separación en aquel contenido que sobre él se fundarán diversas iglesias autocéfalas nacionales para legalizar su subsiguiente desgaje de Bizancio.

Era de pensar que un tal proceso quisiese encontrar también una justificación en oportunas fórmulas canónicas, pero éstas no representan los motivos radicales y determinantes, siempre ligados a los intereses personales y sociales, sino que más bien constituyen la fase conclusiva y la meta final.

5. El equívoco litúrgico

Entre las circunstancias que dan razón de las dificultades surgidas entre Occidente y Oriente, merece particular consideración la división de este último en circunscripciones eclesiásticas surgidas a imitación de las civiles — los patriarcados — con sus correlativos sistemas litúrgicos, es decir, los ritos.

Un grupo de provincias imperiales formaba una diócesis civil presidida por un exarca y con el mismo nombre antes y con el de patriarca después fue llamado al obispo que, encontrándose en una de aquellas sedes centrales del territorio imperial, ejercía un cierto influjo sobre las sedes episcopales circunstantes.

Cuatro fueron los primitivos patriarcados sobre los que repercutía el prestigio de las respectivas metrópolis: Alejandría, capital de la diócesis civil de Egipto; Antioquía, cabeza de la diócesis civil de Oriente que abarcaba el Asia, la Siria y la Isauria; Jerusalén, centro de Palestina; Constantinopla, inicialmente con un territorio no bien definido, presidiría muy pronto a todo

el Oriente, oscureciendo el prestigio de las otras ciudades.

Como es fácil comprender, el relieve de las sedes patriarcales está ligado a fundadas razones de coordinación de la jurisdicción eclesiástica, especialmente si se consideran las dificultades de relaciones rápidas con Roma, y por motivos civiles surgidos de la importancia de aquellas sedes.

Los Sumos Pontífices determinaron y defendieron los derechos patriarcales, pero, en un clima de incompreensión y de disputa, pudieron constituir un pretexto muy a mano para comprobar la dependencia de los patriarcados del primado católico de Roma.

Semejantes a las apuntadas son las razones que explican el brote de diversos ritos que, nacidos todos en el ámbito de la catolicidad y ardorosamente defendidos por los Sumos Pontífices, a veces incluso contra el parecer de los mismos orientales, se invocan, sin embargo, por su diversidad, como símbolo e independencia de Roma, dando lugar a un verdadero equívoco litúrgico.

Las grandes discrepancias étnicas y caracteriológicas, las diferentes mentalidad y tradiciones, el heterogéneo grado de cultura y de civilización de los pueblos que abrazaban el cristianismo y el ritmo rápido de su camino hacia la fe, no hacía posible el uso de una sola lengua y de un mismo ceremonial en la expresión privada y oficial del culto, y por esto surgen diferentes ritos que siguen más o menos la geografía de los patriarcados a los que Roma dejó en libertad de regular su desarrollo y ejercicio.

La *Lex orandi* es regla litúrgica; el rito reviste un significado nacional incluso por la peculiaridad de la lengua adoptada y, en efecto, los pueblos que poco a poco se sustraen a la dependencia política de Bizancio para constituirse en Estados autónomos, se preocupan de traducir a sus respectivas lenguas las llamadas liturgias de San Juan Crisóstomo, San Basilio, Santiago, y se llega a formar un rito búlgaro, rumeno, etc.

En Roma se adoptó durante todo el primer siglo la lengua griega, pero evidentemente la latina gana partido y se establece una liturgia latina, definida y canonizada por los Papas, que se convierte después en patrimonio duradero y homogéneo de todo el Occidente; y también esta contraposición de esferas litúrgicas, de acción de las dos lenguas, griega y latina, no contribuyó ciertamente a serenar los ánimos ya, por otra parte, turbados.

Añádase además — y la observación salta del campo estrictamente litúrgico para referirse a todo el conjunto de las relacio-

nes humanas — que la progresiva ignorancia de la lengua griega para los romanos y de la latina para los griegos hace cada vez más difíciles los contactos, desconfiados a los hombres e inespables las soluciones.

Con las invasiones bárbaras, después del siglo v, ya no se encuentra en Roma, ni siquiera entre los eclesiásticos cultos, quien pudiese entender el griego y, de otra parte, Gregorio Magno lamentaba que durante sus misiones extraordinarias en Oriente, no pudiese encontrarse en Constantinopla persona capaz de entender y traducir el latín de las cartas papales.

Situación realmente difícil y delicada que alzaba cada vez más alta la muralla de la incompreensión e impedía toda directa explicación proporcionando un buen juego a quien tuviera interés en subrayar en las varias disputas doctrinales las divergencias a menudo ligadas al preciso valor de una palabra.

6. El equívoco religioso

Tras de haber precisado el conjunto de las diversas circunstancias que contribuyeron a formar la atmósfera de división más arriba delineada, es ahora el momento de aludir a las diversas fases del alejamiento y para establecer cuán determinante fuese el desacuerdo doctrinal.

Temporales desuniones habían tenido lugar por el cisma arriano (343-379), por el determinado con motivo de la deposición de San Juan Crisóstomo (404-415), y más aún con la lucha del patriarca Acacio, que duró buena parte del siglo v; sigue el cisma de los monoteletas (640-681), mientras que fueron más superficiales las disensiones en tiempos del patriarca Nicéforo (806-811) y de los Iconoclastas (815-843).

Solamente en tiempos del patriarca Focio es cuando en Occidente se empieza a hablar de verdadera separación que se completará definitivamente con Miguel Cerulario (junio-julio 1054); pero la afirmación necesita de oportuna aclaración por motivo de la reconciliación de Focio, muerto en la comunión católica y venerado en Oriente como Santo.

Canciller del emperador Miguel III y su estimado confidente, Focio, desde simple laico, asciende de un golpe a la sede patriarcal de Oriente (1040), teniendo así oportunidad de ejercer el más amplio influjo, ya que estaba adornado a la vez de profundísimos conocimientos literarios y filósofos que le permitieron preparar corrientes valiosas de pensamiento y preservar en su "biblioteca" obras griegas que de otro modo se hubieran perdido cuando Bi-

zancio comenzaba a formar un tesoro de la cultura clásica.

Rechazado por el Papa como usurpador, continuó en la sede patriarcal hasta la subida al trono del emperador Basilio y en todo este período no escatimó, a veces con métodos no del todo francos y directos, insinuaciones e imputaciones, ataques y reproches como el relativo al Filioque, por lo que, aunque su ruptura fue rehecha, de ella brotó un verdadero clima de crisis que alimentó fuertes sentimientos de antagonismo.

Y nótese cómo los motivos de su adversión están determinados más que nada por supuestos derechos personales no reconocidos, y sólo de rechazo y para justificación se invocan opuestos puntos de doctrina.

Los ánimos, desorientados y saturados de reservas hacia Roma, el clima tenso sirvieron de dóciles e inconscientes instrumentos a Miguel Cerulario (1043-1058), a cuya limitada cultura y ardiente carácter no se le hacía antipática una definitiva separación que diese la más amplia independencia a su poder patriarcal.

También aquí los elementos humanos en juego no fueron cortos; la Sede Apostólica que en aquella primera mitad del siglo XI había visto subir a la Cátedra de Pedro a casi cuarenta Papas, con la elección de León IX, Pontífice santo y celoso, se preparaba para un renaciente prestigio y esto embarazaba los pensamientos vanidosos de Cerulario que, de otra parte había apuntado motivos de desagrado por la política normanda en la Italia meridional, no muy respetuosa con las propiedades griegas y con la familia misma de Cerulario en aquella región.

Añádanse a todo esto las intemperantes polémicas del cardenal Humberto de Selvacándida, que no gozaba, ciertamente, de la flexibilidad natural del diplomático y se llegará así a una separación en las que las motivaciones humanas y de naturaleza histórica fueron prevalentes y determinantes.

7. *Ininterrumpida fraternidad*

Unas breves consideraciones finales sobre el delineado desarrollo de la vida de la Iglesia en Oriente nos ofrecen la oportunidad de establecer aquellos motivos de unión que, aunque silenciosos, han quedado siempre presentes y que la hora actual, indudablemente propicia, sugiere reconsiderar para que vuelvan a ser eficaces y operantes.

El razonamiento o discurso nos lleva allí donde, en los primeros siglos del cristianismo, una alianza de fuerzas distintas pero conjuntadas permitía una saludable ósmosis de actitudes de fe y de profundos

estudios que tanto bien representaron para Oriente y Occidente.

Después maduraron los equívocos y la consiguiente atmósfera de división, pero piénsese inmediatamente que estuvieron ligados a particulares estructuras sociales y políticas de la época y que hoy, superados ya definitivamente aquellos sistemas, no hay ya razón que pueda justificar la continuidad de una herencia tan poco halagüeña.

Por otra parte, y es lo que más importa, las razones terrenas, del todo ajenas a una visión religiosa, han pesado de manera determinante recurriendo a la diversidad de fe sólo para encontrar una justificación de interés y egoísmos, impedimentos los más tenaces para un constructivo estudio doctrinal y teológico.

Quede todavía subrayado que el pueblo fiel, ignorante de las verdaderas razones siempre adulteradas, se ha encontrado separado del venerado centro de la cristianidad sin apenas advertirlo, como traicionado en la propia fe por lo que es obligado el empeño de devolverle su completo contenido como tiene derecho a esperar quien fue redimido por Cristo.

La sincera y declarada fraternidad de los tres primeros siglos de la Iglesia se centraba sobre el campo estrictamente propio de la fe, por lo que el Oriente ofrecía el luminoso pensamiento de sus doctores y el ejemplo de sus santos, para pedir a su vez a Roma la garantía y la seguridad de la propia doctrina.

La ciencia teológica toma impulso de los grandes padres del Oriente; Atanasio, Basilio, Gregorio de Nisa y Nacianceno, Juan Crisóstomo, Cirilo y Juan Damasceno, son sólo los nombres más conocidos, y ya antes de ellos el cristianismo había conocido sus triunfos y había contado los primeros apóstoles y mártires precisamente en la tierra de su autora: el Oriente.

Roma es invocada como definitivo aval y conclusivo juicio para asegurar la clara verdad de las proposiciones de la fe y está claro que, como decíamos al comienzo, que se invoca a menudo con ansia impaciente la deliberación final que ponga fin a toda controversia.

“Os comunicamos lo que hemos hecho — escriben los obispos de Calcedonia al Papa León — para vuestra información y para aprobación de lo que se ha realizado” (Mansi VI, 150). Y el emperador Marciano, viendo que duraba ya dos años el silencio del Papa a propósito de la añadidura subrepticia del canon 28, le suplica que remita la esperada aprobación: “Estamos sorprendidos porque, después de dos años, no hemos recibido respuesta alguna de Vuestra Clemencia para leerla en las igle-

sias y darla a conocer a todos. Algunos partidarios del error de Eutiques se ven inducidos por vuestro silencio a dudar si Vos aprobáis las decisiones del Concilio” (P. L., 54, 1.017-1.019).

La aprobación de Roma, por su carisma de catolicidad, es considerada por el Oriente como indispensable y es razón de sufrimiento y de profundo abatimiento la consciencia de estar separados del corazón de la Iglesia.

Pablo IV, al retirarse de la sede patriarcal de Constantinopla durante la lucha iconoclasta, deja escapar estas amargas expresiones: “plugiuese a Dios que no hubiese nunca ascendido a esta sede porque esta Iglesia está en tortura por encontrarse separada del centro del cristianismo”.

A éstas hacen eco las palabras del sucesor Tarasio que solícitamente escribía al Papa Adriano: “a causa del desacuerdo entre Oriente y Occidente, desde todas partes se lanza anatema contra Constantinopla; el único remedio es convocar un Concilio Ecuménico para restablecer la unidad de la Iglesia” (*Theophanes, ad annum 6.276, De Boor, 710-713*).

El Pontificado romano está siempre pronto a intervenir con acción celosa y atenta para asegurar a la Iglesia entera y en particular a Oriente, la unidad de la fe y de la disciplina, por donde se puede afirmar, sobre la base de un documentado juicio histórico, que la Iglesia sin la Sede Apostólica no hubiera sobrevivido y el Oriente no hubiera alumbrado aquellas lípidas fuentes de vida espiritual a que acudimos todavía.

Responden, pues, a la realidad las palabras del Patriarca Ignacio que, en una carta al Papa Nicolás I (860), alberga igual convicción: “hay muchos médicos para las enfermedades del cuerpo, pero hay uno sólo, el Papa, para el cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia” (*Mansi, XVI, 47*).

No puede recordarse sin emoción la solícitud providente del Papa Gregorio Magno que desde una Italia calamitosa por las invasiones bárbaras, y desde una Roma despoblada y reducida a pobreza, procura auxilios para la construcción en Jerusalén de un hospital para peregrinos y envía a Juan Climaco mantas de lana y dinero para cuantos se albergan en el monasterio del Monte Sinaí en retiro espiritual (*Gestas de San Gregorio X, 2 Jafée 1.792*).

Son éstos motivos de fe y de caridad nunca venidos a menos y siempre válidos por cuanto intrínsecamente ligados al mensaje de Cristo, que hoy deben ser adoptados de nuevo y considerados con buena disposición de ánimo para que de su madura reflexión, iluminada y asistida por

el espíritu de Dios, renazca en los corazones la autora de la unidad rica en promesas para la Iglesia.

Fratres, rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati, magnum certamen sustinistis (Epístola de la Misa de San Genaro, heb. 10, 32), es precisamente la invitación que hace hoy la Iglesia en vísperas de la esperada asamblea ecuménica: traer a la memoria las razones de fe y los motivos de necesidad que han recabado siempre la unión entre Occidente y Oriente, y ol-

vidar, considerándolos como definitivamente superados, antagonismos, diferencias y luchas que tantos frutos amargos han hecho saborear.

Bien podemos concluir que ninguna responsabilidad de lo acaecido cabe atribuir a las generaciones actuales y que si nos sentimos hermanos con los fieles de los primeros siglos — dígase también con los de la Iglesia de la unidad y con los de la iglesia de los siete concilios — tales debemos declararnos y sentirnos, en Cristo Jesús,

con todos y cada uno del Oriente cristiano.

Valga la octava semana de oraciones y de estudios por el Oriente a imprimir cada vez más estos sentimientos de esperanza vivamente expresados en la carta enviada por el llorado secretario de Estado cardinal Domingo Tardini para esta ocasión, y constituya fervorosa invitación a la plegaria y a la acción para que pronto sea una realidad, por obra de todos, la ardiente invocación de Jesús, su gran profecía por la Iglesia: *Unum ovile et unus Pastor.*

«MATER ET MAGISTRA» Y LAS COMUNIDADES POLITICAS ATRASADAS

II

IV. Ayuda en capitales y colonialismo peligroso

La Encíclica denuncia como “*la tentación mayor*” de los Estados que ayudan a las comunidades subdesarrolladas, el “*aprovecharse de su cooperación técnico financiera para influir en la situación política de las comunidades en fase de desarrollo económico a fin de llevar a efecto planes de predominio mundial*”. A este aprovechamiento ilícito se le califica en el Documento de “*nueva forma de colonialismo*” que constituiría “*una amenaza y un peligro para la paz mundial*”.

Es un hecho que “los países pobres atraen pocos capitales, porque sólo se presta a los ricos” como afirma un autor (8) y que en las ocasiones en que el préstamo o la ayuda financiera se realiza, se pretenden beneficios excesivos o se imponen condiciones políticas que implican una subordinación del Estado prestatario al prestamista. Ante la gran cantidad de demanda de ayuda financiera, la oferta puede elegir entre quienes le ofrecen mejores intereses, mayor seguridad de reembolso del capital y ventajas estratégicas superiores.

Para evitar la subordinación de los países subdesarrollados — que en muchos casos y al advenir revoluciones o cambios políticos deja de serlo — se propicia que la asistencia financiera se realice no por un país determinado sino por un organismo internacional encargado de la distribución de subvenciones, anticipos o préstamos a los países subdesarrollados. La ayuda a una comunidad política, para industrializarse u organizar su agricultura y sus técnicas educativas, no puede ser estimado como un clásico terreno “para hacer negocio”.

(8) S. Meraud, “¿Qué es un país subdesarrollado?”. Editorial Oikia, Buenos Aires, 1958; pág. 42. Lo mismo Bauer, “Análisis y política económica de los países subdesarrollados”. Editorial Tecnos, Madrid, 1961.

En este campo la labor del Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo es fundamental a pesar de que sus recursos de inversión son reducidos — 750 millones de dólares en préstamos a 21 países el pasado ejercicio —, en relación con las peticiones recibidas, es evidente que se halla ya en marcha adecuado instrumento que, con el aumento de sus fuentes de financiación, puede llegar a realizar transferencias de capital importantes, huyendo del peligro de la subordinación política o del cumplimiento económico del prestatario (9).

En la actualidad existen estudios para constituir por parte de las N. U. un fondo para donativos de 3 mil millones de dólares y la F.A.O. realiza también entregas de excedentes agrícolas a países atrasados que permiten financiar otras actividades en aquellos países.

Particularmente creemos que el deseo de Su Santidad Juan XXIII de que la cooperación técnico-financiera se preste “*con el más sincero desinterés político*” es susceptible de llevarse a cabo con más facilidad cuando el prestamista es por ejemplo el Banco Mundial, que un Estado europeo o americano (10). Las iniciativas en este

(9) Según Meraud (*ob. cit.* pág. 52) para duplicar en diez años la renta nacional de los países subdesarrollados — a razón del 7,2 por 100 de incremento anual — precisaría invertir como ayuda extranjera trece mil millones de dólares, lo que significa un sacrificio de 3 por 100 de la renta anual de los países industrializados.

(10) Aún sabiendo que debido el enorme desarrollo norteamericano que por sí solo dispone del 43,6 por 100 de la renta mundial, casi la mitad del capital del Banco Mundial debería ser aportado por EE. UU., que resultaría así mayoritario en la dirección de los asuntos del Banco con los peligros que ello representa, pero que sin embargo serían menores si la ayuda se realizase directamente por los propios EE. UU.

sentido deben tender a la mayor internacionalidad de los organismos de crédito mundial (11).

V. Ejemplos de actuación en zonas deprimidas

La actividad preconizada en favor de las zonas subdesarrolladas por la Encíclica, tiene ocasión de haberse manifestado palpablemente en el vecino país de Italia, con la serie de medidas legislativas adoptadas ante la presión creciente de la opinión, para la industrialización y mejora del llamado "Mezzogiorno".

También en España se vive de planes Badajoz, Jaén, Granada y otros, no son más que medidas para liberar del subdesarrollo a zonas deprimidas de nuestra comunidad nacional (12).

Toda actuación en zonas subdesarrolladas tropieza con el inconveniente de que el elemento humano autóctono o indígena, falla lamentablemente y precisa por ello ser estimulado y aún sustituido al principio y como mal menor, para evitar que la misma ayuda técnica o financiera resulte insuficiente o mal utilizada.

"El gasto efectivo de grandes sumas de dinero requiere experiencia, competencia, honestidad y organización" (13) y en zonas subdesarrolladas van juntas la miseria y el analfabetismo, el escepticismo es general incluso en los cuadros dirigentes acostumbrados a las fáciles promesas del político que nunca puede cumplir y a las servidumbres de un poder estatal que por débil también, no sabe oponerse a los grupos de presión y a los intereses de casta, que prefieren el medio personal, amparados por seculares formas de explotación de la tierra, al dinamismo de una política social redentora de masas, que pondría en peligro sus situaciones de influencia y de poder feudal.

Como afirma un autor, que como asiático conoce bien el tipo humano que trata (14) "la calidad de la pobla-

ción en un país superpoblado y hambriento no puede ser elevada. La mayoría de la gente en estos países procede de familias que en modo alguno pueden considerarse privilegiadas y que están generalmente obligadas a llevar una vida miserable... los servicios de sanidad e higiene no son muy extensos y la falta de higiene pública constituye un problema abrumador. También son escasos los medios educativos. ...los que sobreviven no llevan vidas activas y provechosamente empleadas...". Nosotros mismos en el estudio sobre Baza a que nos referíamos hemos podido comprobar cómo junto a la desesperanzadora actitud de algunos pocos ilusionados, el ambiente general que nos rodeaba era de escepticismo cuando no de burla amarga o de ironía.

La Encíclica pone pues, sabiamente, de relieve que los ciudadanos católicos de los países subdesarrollados, no participan de esa atonía general de la población indígena, sino que "no ceden a nadie el primer puesto en participar en el esfuerzo que sus naciones hacen por progresar y elevarse en el campo económico-social".

Y al mismo tiempo, acucia a los católicos de los países industrializados —y a los de las comarcas industrializadas de un país con zonas deprimidas— para que presten asistencia técnica, eleven el nivel cultural de las masas subdesarrolladas e incluso faciliten ayuda humana a los indígenas mediante "la preparación de sujetos dispuestos a trasladarse a las naciones en fase de desarrollo económico para ejercer allí actividades técnico-profesionales".

VI. Nuestra XX Semana Social dedicada al desarrollo económico

La Encíclica propugna por la enseñanza de la doctrina social cristiana como "parte integrante de la concepción cristiana de la vida" y más aún, por la educación social de los cristianos, que previamente instruidos, deben llevar a la práctica concreta aquellas teorías.

Por esto es alentador el que apenas promulgada la Encíclica, ya en España y concretamente en Granada, se celebren del 27 de noviembre al 3 de diciembre las sesiones de estudio de la XX Semana Social que precisamente versará sobre los problemas del desarrollo económico en nuestra Patria y debatirá puntos tan fundamentales como desarrollo económico y renta nacional, la transformación de la vida rural, consecuencias sociales de los sistemas de financiación del desarrollo económico y el desarrollo económico y los problemas de sociología religiosa.

Desde la publicación de la Encíclica y a partir de nuestra XX Semana Social, ningún católico del país puede sentirse ajeno a la gran empresa de redimir nuestro sudeste subdesarrollado. S. S. Juan XXIII nos da las directrices básicas y a nosotros toca multiplicar nuestras iniciativas secundando y haciendo más fecunda la ayuda que se da a aquellas comunidades.

J. M. MARTÍNEZ-MARÍ

(11) Según Jacobsson, Director del Fondo Monetario Internacional, existen ofertas de once países industriales para incrementar los recursos del Fondo Monetario Internacional entre 5 y 6 millones de dólares; es posible que con estas aportaciones, se incremente la actividad inversora del Banco Mundial, que hoy es decreciente: 658 millones de dólares prestados en 1959-60, contra 610 en 1960-61.

(12) El autor de estas líneas se desplazó en 1959 a la comarca de Baza en la provincia de Granada, una de nuestras más deprimidas zonas de subdesarrollo, para estudiar, en equipo, por cuenta y encargo de Caritas Nacional, un plan de mejora y de elevación del nivel de aquella comarca. Elevadas las conclusiones a la Superioridad, se están cosechando ahora buenos frutos merced a inversiones sociales realizadas —centro social, ayuda en trabajadores sociales, grupo de viviendas, traída de aguas— y se espera que en breve y con aportación de capital exterior, puedan redimirse definitivamente aquellos términos municipales, en los que la emigración de la mejor mano de obra, es ley invariable.

(13) R. Garner, Presidente de la Corporación Financiera Internacional en su discurso ante la Asamblea General de Viena, 1961.

(14) S. Chandrasekhar, "Pueblos hambrientos y tierras des-pobladas". Editorial Aguilar.

EL XXII CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA SOVIETICO

Sin entrar en las luchas internas del Congreso —Kruschef y el grupo “antipartido”, con sus repercusiones en Pekín y Tirana— de las que se ha ocupado ampliamente la prensa, creo de interés destacar dos aspectos de la actual política del Kremlin.

Previsiones económicas

En este punto Kruschef, admitiendo que la U.R.S.S. no es todavía más que una federación de repúblicas socialistas, no un verdadero estado comunista, augura el comienzo de la nueva era comunista para el año 1980, aunque admite que no se realice plenamente hasta el año 2000, son las siguientes: la industria pesada tendrá que desarrollarse intensivamente en Siberia para alcanzar en 1970 el 150 por 100 de su nivel actual y en 1980 el 50 por 100. La productividad del trabajador habrá de aumentar para 1970 en un 100 por 100 y para 1980 en un 200 a 250 por 100. La producción de electricidad habrá de ser de 1.000 billones de kilovatios-hora en 1970 y de 3.000 billones en 1980, frente a unos 300.000 millones de producción actuales. Las cifras del acero serán de 250 millones de toneladas. La agricultura tendrá que aumentar su producción para 1970 en un 150 por 100 y para 1980 en un 250 por 100. Las explotaciones estatales se multiplicarán, hacia 1980 desaparecerán los “koljoses” (explotaciones colectivas) y a partir de entonces serán gratuitos el gas, la electricidad, la calefacción, el agua, algunos alquileres y la comida en las cantinas. Se reducirá la duración del trabajo desde 1970 a 36 horas semanales y a 30 horas para los oficios peligrosos.

A pesar de estos augurios y proyectos paradisíacos, Kruschef no se ha visto todavía libre de la preocupación —digámoslo con un término psiquiátrico— del complejo de la prosperidad norteamericana y así promete que para 1970 la U.R.S.S. podrá sobrepasar la producción norteamericana “per capita”, aunque para conseguirlo su economía tenga que acelerar fabulosamente el ritmo de su progreso, contando además con que la norteamericana y subsidiariamente, la de todo el mundo libre permanezca estancada o en retroceso durante esta fase de competencia.

Acontece, sin embargo, que la economía soviética sufre un grave retraso en la agricultura a consecuencia del cual todavía el invierno pasado experimentó graves dificultades de abastecimiento. Desde hace muchos años la U.R.S.S. se viene asignando un objetivo de producción de 150 millones de toneladas de cereales por año; programaron este objetivo, primero para 1955; después, para 1960 y ahora todavía las cosechas oscilan alrededor de 130 millones de toneladas. El nuevo programa pretende duplicar esta cifra en 10 años. Aunque el objetivo

asignado así a la agricultura parezca desmedido, hay que aceptar que Rusia ha realizado grandes esfuerzos de electrificación y de mecanización del campo; que ha fundido progresivamente las explotaciones estatales y las colectivas para generalizar las condiciones del trabajo en cuanto a salario, horarios, cadencias, etc. El rigor con que Kruschef persigue estas metas lo certifica el haber destituido al ministro de Agricultura, Maskatevich y haberlo desterrado a Siberia como responsable por negligencia de la escasez aguda de alimentos que se sufre en Rusia. Aún hoy el 45 por 100 de la población rusa tiene que dedicarse al trabajo agrícola para producir alimentos, mientras que en los Estados Unidos sólo el 10 por 100 de la población se dedica a la agricultura y produce el 91 por 100 de las necesidades alimenticias. El ministro norteamericano de Agricultura, Orville Freeman ha podido decir con plena satisfacción que “el trabajador medio de los Estados Unidos necesita sólo un día por semana para ganar lo que come, mientras que el ruso ha de trabajar de 3 a 3 y medio días sólo para el sustento. El presidente del American Institute For Corporatin, J. K. Ster ha señalado en este punto de la competencia que “la explotación agropecuaria norteamericana, con su abundante producción de alimentos, es la mejor arma que el país posee para luchar contra la ofensiva de Kruschef, afanoso por alcanzar a los Estados Unidos y competir con ellos”.

Esta perspectiva sería válida si Kruschef, en pura ortodoxia marxista, persiguiera su objetivo por el estricto juego de las fuerzas económicas actuando ciegamente. Pero he aquí que se aparta por completo de este camino de fatalismo metódico para incidir en la pura política de imperialismo y en la esperanza de prevailecimiento estratégico, de lo que en el Congreso citado ha dado sobradas pruebas. Realmente este recurso es ineludible para el comunismo, pues la quiebra del “capitalismo” —entiéndase del régimen de libre empresa— tantas veces anunciada por los teóricos marxistas, lejos de producirse parece alejarse cada vez más, pues toda la economía del mundo libre registra una fase de prosperidad como no había conocido en su historia y aparece al mismo tiempo entregada a una cooperación intensa para promover también el desarrollo económico de los países atrasados. Basta indicar que, según un informe reciente del profesor Hallstein ante el Parlamento de Estrasburgo, el Mercado Común Europeo ha cubierto en los cuatro primeros años de funcionamiento los objetivos señalados para 10 años, creando así una atmósfera de confianza y una conciencia de responsabilidad frente a otros pueblos menos favorecidos. En este primer período ha reducido a la mitad las aduanas y los contingentes entre los países miembros. Ha aumentado extra-

ordinariamente el intercambio mutuo y el de todo el bloque con el resto del mundo. El comercio, cuyo desarrollo se había previsto a un ritmo de 4 por 100 ha alcanzado el 10 por 100, pasando seguidamente a un 11 por 100 y estando en la actualidad al ritmo del 22 por 100. Paralelamente, han aumentado las inversiones de cada uno de los países miembros en los otros países asociados y en el resto del mundo. Los resultados sociales han sido una elevación general del nivel de vida, de comodidad hogareña, de creciente acceso de los hijos de los obreros a las escuelas de estudios superiores y universidades y una disminución de la diferencia de clases, con tendencia manifiesta a la "desproletarización. Los pronósticos catastróficos de la teoría marxista han resultado enteramente fallidos.

El terrorismo atómico

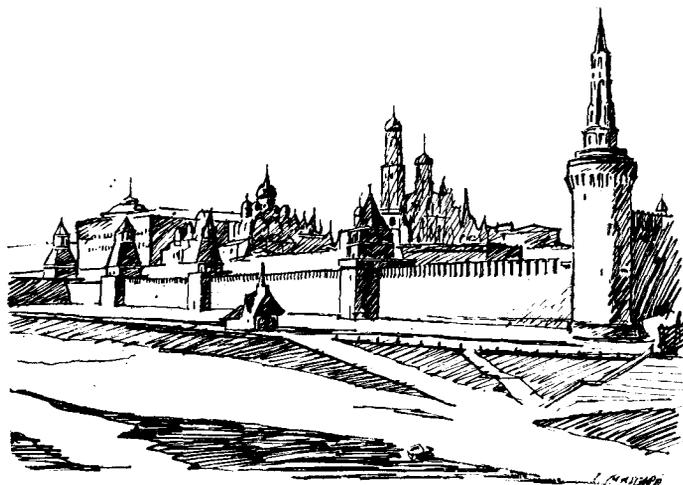
Quizá la nota más patética y el aspecto de la dramática actualidad con que se ha seguido en todo el mundo el desarrollo de este XXIII Congreso Comunista se debe al intento de terrorismo atómico con que Kruschef está intentando forzar en el sentido de sus ambiciones políticas la solución del conflicto de Berlín, sin duda con la esperanza de haber podido ofrecer frente a Mao y a Chu En Lai, demasiado impacientes, una victoria comunista resonante. Con un desprecio completo de todas las apelaciones del mundo desde las Naciones Unidas hasta el último país independiente de África que se sienten amenazados por la agresión atómica rusa. Kruschef y sus adláteres continúan con sus mismos planes de

terrorismo atómico forzando al mundo amenazado a extremar las medidas de defensas. En este sentido, más impresionante aún que la pertinacia de Kruschef en continuar el desarrollo de sus pruebas nucleares, me parece la exhibición impresionante de poderío que ha hecho el mariscal Malinovski ante el Congreso al señalar que Rusia posee bombas H de 50 megatones y que ha resuelto el problema de interceptar y destruir los cohetes dirigidos de cualquier adversario. "En caso de guerra —ha dicho— los cohetes y las armas termonucleares serán empleadas. La destrucción sería sin precedente. El territorio de la Unión Soviética es menos vulnerable que el de sus adversarios eventuales, cuyas pérdidas, en caso de conflicto serían enormes debido a la densidad de población de estos países. Rusia en un conflicto convencional podría arrojar de una vez 100.000 paracaidistas y posee cohetes estratégicos así como cohetes anti-cohete y antiaréreos en cantidades enormes."

Esta exhibición de poderío ha provocado otra semejante por parte de las grandes potencias del bloque occidental. En la nueva versión dada en este Congreso del Partido Comunista, se ha cambiado la dilatación marxista" por la práctica del más desvergonzado imperialismo, prometiendo la victoria del comunismo, no en virtud de ningún proceso dialéctico, o de competencia económica, sino de puro prevailecimiento militar.

Este juego del terrorismo atómico es el que da el pavoroso dramatismo a los momentos actuales, sin que los dirigentes de Moscú se sientan afectados en lo más mínimo por la reacción de repulsa registrada en todo el mundo.

Jesús SÁINZ MAZPULE



LA UNION SOVIETICA Y EL MUNDO ARABE

El *Royal Institute of International Affairs* de Chatham House, publicó en el número de Julio del «*World Today*» el siguiente artículo de Geoffrey Wheeler, que por su interés y actualidad reproducimos

Las relaciones directas de Rusia con el mundo árabe son de origen muy reciente, casi tan recientes como las de Gran Bretaña, Francia y aún Alemania. Por otra parte su asociación con el mundo musulmán es bastante más antigua y más estrecha que la de cualquier otro Estado europeo. A finales del siglo XIX, la región meridional del imperio ruso desde Crimea a Mongolia exterior, con la sola excepción de Georgia y de Armenia, estaba casi exclusivamente poblada por musulmanes, cuyo número, comprendiendo también los que estaban en las regiones del Volga, ascendía a casi 20 millones. Desde fines del siglo XVII Rusia ha sido fronteriza con los dos más importantes estados musulmanes: Turquía y Persia.

Antes de la primera guerra mundial, en casi todo el mundo árabe, incluido el Imperio Otomano con el que tenía estrechas relaciones, prevalecía la hostilidad hacia Rusia. Dos de las mayores aspiraciones de Rusia se dirigían hacia los Estrechos turcos — el Bósforo y los Dardanelos — y el Mediterráneo oriental. Ambas sólo podían ser satisfechas con la completa neutralización de la potencia turca, o su liquidación.

Hasta la revolución, Rusia no pudo realizar sus ambiciones en el Medio Oriente, en parte a causa de su atraso — político y económico y en parte por la concertada oposición de las Potencias occidentales. A principios de la primera guerra mundial, estuvo muy cerca de alcanzar por lo menos uno de sus objetivos: Constantinopla y los estrechos se le prometieron en el tratado de Sykes-Picot de mayo de 1916. Pero tal concesión, naturalmente, quedó en letra muerta. Con la revolución, al desvanecerse el imperio turco y surgir el nacionalismo árabe aumentaron sus dificultades en vez de disminuir. Y al final de su participación en la segunda guerra mundial su influjo en el Medio Oriente no tuvo mayor éxito que el que había tenido la Rusia zarista.

Hasta 1947 los medios con que el Gobierno soviético intentó introducir su política en el Medio Oriente fueron la subversión y la revolución. Si bien los escritores soviéticos afirman ahora que el apoyo moral soviético y la difusión de la ideología comunista contribuyeron en gran parte al rápido surgir del nacionalismo árabe, esto no está de acuerdo con la realidad. Es verdad que se habían formado pequeños partidos comunistas en algunos países árabes, especialmente en Siria, pero tenían escaso influjo en el movimiento nacionalista que fácilmente avanzaba por impulso propio. Un cuidadoso examen de los escritos soviéticos evidencia que a principios de 1955 ni el Gobierno ni el partido comunista soviético hicieron declaración alguna formal o directa en apoyo de los objetivos nacionalistas árabes. Al contrario, el pan-arabismo y la unidad árabe, fueron oficialmente definidos como ideologías del acuerdo nacional burgués explotado en principio por la Gran Bretaña contra Turquía en la primera guerra mundial. Más tarde, en los comienzos de la segunda guerra mundial, los planes en pro de la federación árabe y una más Gran Siria, fueron calificados por

los rusos como simples medios para promover los intereses británicos. El artículo sobre la cultura árabe en la segunda edición de la Gran Enciclopedia Soviética (1950) da muy poca importancia a la unidad de los países árabes y está escrito, en general, en un tono despectivo.

La Nueva Política

La nueva política empezó a delinearse después de la muerte de Stalin, en 1953, y tal vez antes, pero no se manifestó hasta que en 1955 se empezó a esbozar en líneas generales la política soviética hacia los países “no comprometidos” de África y de Asia. El año 1955 vio la fundación del Pacto de Bagdad, que parecía a los países árabes como un peligro militarista; la Conferencia de Bandung, con su afirmación de los cinco principios de la coexistencia; y los grandes progresos de la ideología nacionalista pan-árabe de Nasser con su creciente arrojo anti-occidental. La necesaria correlación de la política soviética y de su ideología fue deliberada en el XX Congreso del Partido en febrero de 1956.

Por razones de seguridad, de prestigio y de economía nacional, Rusia había deseado durante los últimos 150 años suplantarse al Occidente como mentor político, económico y cultural del Medio Oriente así como de otros países asiáticos limítrofes. El actual Gobierno ruso está siempre pronto a servirse del comunismo como medio para realizar este fin cuando y siempre que le parezca oportuno. Al mismo tiempo para preservar la posición monolítica del partido comunista en el interior de la URSS, siempre ha de buscar una justificación ideológica en su política exterior. Estos dos factores han conducido a dar una desproporcionada importancia al comunismo como factor decisivo en la formación de la política soviética ya sea en Asia ya en otras partes.

A partir de 1955, el tono de los artículos de las autoridades soviéticas sobre los asuntos árabes cambió completamente. A fines de 1955 ya hablaban del “surgir de la conciencia nacional” en los países árabes y de la solidaridad que mostraban entre sí esos países; también exponían por vez primera, y reconocían el hecho de que la burguesía nacional era quien tenía en sus manos dicho movimiento de liberación de los países árabes. Continuaron sin embargo subrayando que el *leader* fundamental de estos movimientos era el proletariado “la sola clase revolucionaria coherente con este fin”. El colmo del entusiasmo soviético por el nacionalismo árabe y la unidad árabe fue logrado en 1957 por V. B. Lutskiy, autor del artículo despectivo sobre la cultura árabe en la Enciclopedia Soviética ya citado. Declaraba que “los pueblos árabes forman una comunidad de lenguaje y de cultura, una comunidad de destino histórico y de territorio” y que “están también unidos por la comunidad de intereses políticos que, mientras no constituyan una nación, refuerza enormemente los vínculos nacionales”. Añadía que la unidad árabe se traducía ahora en una reali-

dad viva y que el pueblo soviético animaba de todo corazón a los árabes a reforzar su unidad.

El objetivo final de Rusia es el mismo que era hace un siglo: establecer el influjo político, económico y cultural ruso, o mejor dicho soviético en el Mediterráneo Oriental y el Golfo Pérsico. Probablemente muchos estarán de acuerdo en que este objetivo ha estado siempre presente en la intención de los líderes soviéticos del período revolucionario, aunque con frecuencia han cambiado de parecer sobre los mejores medios para alcanzarlo. Los que emplea actualmente el Gobierno soviético consisten en el abandono de los métodos precedentes de subversión y revolución violenta, en favor del apoyo moral y material a todos los elementos que constituyen los llamados "movimientos de liberación nacional" y van directamente contra el Occidente. Estos métodos, si bien superficialmente son menos alarmantes, con el tiempo se revelan peligrosos. Por otra parte ofrecen un favorable contraste a los ojos del Oriente Medio comparado con los preparativos militares de que se acusa constantemente al Occidente, aunque a menudo se olvida que la Unión Soviética no tiene necesidad de pactos militares con los países del Oriente Medio. Su actual técnica de penetración pacífica puede transformarse de un momento a otro en acción directa.

Los años 1956-1957 fueron bajo muchos aspectos provechosos para la política soviética. El fracaso de la aventura de Suez fue en gran parte considerada por los árabes como resultado de la intervención soviética, y la Unión Soviética, empezó a mostrarse como la indudable defensora de los derechos del Oriente Medio. La propaganda occidental contra los armamentos soviéticos en Egipto y en Siria, y sobre el posible envío de voluntarios soviéticos no hizo sino reforzar las convicciones árabes sobre la voluntad soviética de combatir a favor de ellos en caso de necesidad, no sólo contra el Occidente, sino incluso contra Israel. Durante el año 1957 y la primera mitad de 1958 se difundió la opinión de que, salvo el Irak y Jordania, los países árabes estaban perdidos para Occidente y el influjo soviético se penetraría muy a fondo. La creación de la República Árabe Unida, los motines del Líbano y finalmente el golpe de Estado en Irak fueron considerados como otras tantas victorias del comunismo. Pero en realidad al Gobierno soviético deberían asaltarle dudas respecto al nacionalismo árabe.

Las relaciones con la R.A.U. y el Irak

En los tratos con la República Árabe Unida, no obstante la línea anticomunista emprendida y mantenida por la R.A.U., la Unión Soviética ha procedido más allá de sus planes de ayuda técnica y económica. A principios de 1960 el corresponsal del *Izvestiya* en el Cairo, declaraba que la Unión Soviética podía "dejar a la historia la solución de la controversia ideológica", y desde aquel momento no ha aparecido en el periódico soviético ninguna alusión a medidas anticomunistas de la R.A.U. Al mismo tiempo los escritores soviéticos han criticado vivamente el concepto, expuesto con frecuencia en los círculos nacionalistas árabes, de que los árabes habiéndose desprendido del imperialismo Occidental, no debían orientarse ideológicamente hacia el Este y que son naturalmente y deben continuar siendo anticomunistas. También últimamente la prensa soviética ha manifestado su indignación por ciertas consideraciones desfavorables, ya

sea sobre el comunismo soviético como sistema, ya sobre los móviles de las ayudas soviéticas a la R.A.U., aparecidos en la prensa de la República Árabe Unida, pero sostiene que esto no represente el sentir de la opinión pública de la R.A.U., ni la actitud de Nasser.

La idea que está ganando terreno entre los árabes, y no es del todo inaceptable al Occidente, es que ellos han de sacar el máximo beneficio material sea del Este sea del Oeste sin dejarse dominar por los unos ni por los otros, es considerada objetivamente por la Unión Soviética. La primera actitud hacia la revolución de Nasser fue de incontrastable adulación y asentimiento; más adelante los escritores soviéticos muestran tendencia a poner en duda la eficaz realidad de esta reforma democrática egipcia. No obstante todavía no aparecen críticas sobre el desarrollo del capitalismo del Estado en la R.A.U. En los países árabes, como en otro tiempo ocurrió en Asia y África, esto es considerado como "progresivo" en el sentido de que debilita la posición del capital extranjero. La doctrina comunista de que el capitalismo del Estado es un estadio en el camino de la "transformación socialista" de la economía, nunca es específicamente mencionada.

Hemos hablado ya del embarazo causado al Gobierno soviético por la excesiva actividad del partido comunista del Irak. También la actitud soviética ha sido en general de no interferencia. Pero la crítica contra las medidas anticomunistas del Gobierno irakés han sido más enérgicas y se han prolongado más que en el caso de la R.A.U. No obstante, los escritos políticos soviéticos continuaron presentando las relaciones de la Unión Soviética con el Irak como estrechas y amigables y la política de ayudas técnicas y económicas continuó en las mismas condiciones. Con respecto al petróleo, al Gobierno Soviético se inclinó al principio en el sentido de apoyar al Irak en su pleito referente a las compañías extranjeras. En época más reciente, hacia los primeros meses de este año, hubo un cambio muy significativo en este asunto. En un largo artículo titulado "La política petrolífera de la República del Irak" publicado en el importante periódico *Problemy Vostokvedeniya* el autor critica duramente al Gobierno irakés por su falta de resolución y coherencia al defender los intereses del pueblo contra la explotación de las compañías petrolíferas extranjeras. Además el artículo trae amplias citas de los escritos sobre el mismo tema en el diario comunista *Ittihad ash-Sha'b's* que naturalmente constituyen una clara expresión del apoyo soviético a la presión comunista sobre el Gobierno del Irak.

Relaciones con los otros Países Arabes

Después de la revolución, Rusia ha dedicado a Siria más atención que a cualquiera de los otros países árabes y es significativo el hecho de que sea Siria el primer país del que han tratado una serie de manuales sobre los países del Oriente Medio cuya publicación inició la Unión Soviética en 1958. Ahora no puede ya tratar con Siria como país separado. Sin embargo, su interés por el Líbano continúa intenso aunque cauteloso. Los escritores soviéticos se limitan en general a propugnar una progresiva emancipación del Líbano con respecto a los países Occidentales. Critican ásperamente lo que llaman "los nacionalismos árabes extremistas" que se mueven en el sentido de incluir al Líbano en la R.A.U. "sin tener en

cuenta sus particularidades nacionales y sus tradiciones democráticas". La abstención del Líbano en la actitud anticomunista de la R.A.U. se ha hecho resaltar con aprobación.

El único país árabe con el que la Unión Soviética tiene estrechas relaciones es el Yemen. La ayuda de técnicos soviéticos en considerable cantidad ha facilitado la reconstrucción del Puerto de Hudaydah. Pero aunque los escritores soviéticos subrayan continuamente la amistad soviética con el Yemen, también critican su condición atrasada "feudal".

Con relación a Jordania, la Arabia Saudita y los Estados del Golfo Pérsico, la URSS no tiene relaciones diplomáticas o económicas. Pero los especialistas soviéticos de asuntos árabes dedican mucha atención a estos estados y de esos escritos es fácil deducir la actitud oficial. Por ejemplo, en 1957, el Gobierno soviético aprobó la aproximación entre Jordania y Egipto, después del cual vino la decisión del Gobierno de Nabusí de establecer relaciones diplomáticas con la URSS. A principios de 1958 se insinuó que si no hubiera sido por la intervención británica se hubiera podido realizar una unión con la R.A.U. Pero después de la campaña anticomunista de Nasser a fines del año 1958, los escritores soviéticos han dejado de pensar en la "lucha anti-imperialista" en Jordania. Sin embargo, a pesar de la oposición al actual régimen, Jordania continúa recibiendo el apoyo soviético.

La actitud de Rusia hacia la Arabia Saudita es en general simpatizante. Se deplora la ausencia de relaciones diplomáticas entre aquel país y la Unión Soviética, y la Arabia Saudita es considerada más bien como una víc-

tima del imperialismo americano que como voluntaria colaboradora de América. La operación de la "Aramco Oil Company" es objeto de constantes ataques soviéticos.

En cuanto a los Estados árabes del norte de África y Sudán, la tendencia soviética es considerar estos países como africanos más que como árabes, especialmente después que se ha desvanecido el entusiasmo soviético por la unidad árabe.

Se podría resumir la actual actitud soviética respecto al mundo árabe con un solo adjetivo: realista. Mientras el Gobierno ha de continuar deplorando cualquier manifestación anticomunista y de persistente asociación con el Occidente por parte de los países árabes, su modo de obrar no queda irrevocablemente influenciado por esta consideración y es más bien la actitud de los países árabes hacia la Unión Soviética lo que en estas relaciones constituye el factor decisivo. Zhukov, uno de los mejores escritores soviéticos sobre problemas de política exterior ha escrito recientemente en el *Pravda* un importante artículo sobre el fundamento de la solidaridad soviética con los Estados "burgueses" de Asia y África. Observa que despreciar el "nacionalismo burgués" de estos Estados equivaldría a ser "sectarios de la peor especie y podría conducir al auto-aislamiento". El uso de esta palabra "auto-aislamiento" expresa tal vez el sincero temor soviético de que, poniendo los objetivos ideológicos en primer lugar en vez de dejarlos en el segundo, la Unión Soviética pueda poner en peligro aquellos contactos amigables con los países árabes que ha conseguido con tanto éxito establecer en los últimos doce años.

JOSE MARIA SAGARRA, POETA DE LA TIERRA

Todos los poetas, los grandes poetas, llevan dentro de su alma, en sus más finas y delicadas entrañas, un no sé qué sutil, maravilloso, mágico, repentino y audaz, que les convierte en algo así como el alma, el timbre o el canto de la creación.

Diríase que, al morir José María de Sagarra, la tierra y el mar de Cataluña, han quedado sin entrañas, sin caricias y sin ecos. He aquí que la naturaleza dormía en un silencio torpe, profundo, como un ser inmenso privado de voz, de oído y de mirada. Y, cuando suena la del poeta — del divino aedo de la tradición clásica — todo lo que antes era mudo, todo lo que antes dormía en silencio, lo que estaba callado, lo enigmático, lo sombrío, se desprezera, canta, cobra un sentido y una dignidad.

Seguramente nuestra época es tan vacía, tan ligera y superficial y se llena tan extremadamente de atavíos epidérmicos, porque está más atenta a la voz del egoísmo, del pragmatismo, que a los mil clamores mágicos de las simas y grutas de la naturaleza, que surgen espléndidas a través de la voz de algún cantor.

La poesía tiene muchedumbre de seguidores. Los bellos atardeceres, el amanecer mágico, las noches estrelladas, el silencio de las densas marinas, el cristalino temblor transparente de las calas, los pinares y las sie-

rras, los rebaños y las cabañas, han inspirado con acentos bucólicos o refinadas elaboraciones de laboratorio, a los ingenios que trabajan y truecan en ritmo las palabras.

Pero sólo de vez en cuando surge un alma, una voz poderosa, un espíritu creador robusto, que no es ya el juego de la brisa o el susurro del arroyo, o el paisaje bucólico, o la emoción del amor, sino que es en conjunto, en grandeza, con una amplitud de acordes máximos, toda la tierra, todo el cielo, el universo que se aquietta, rueda, tiembla y se precipita, en una inmensa armonía universal. Desde Jacinto Verdaguer no había contado Cataluña con un cantor que tan plenamente, con tanta potencia e integridad cantara el mundo, la creación y la tierra.

Siempre que paso junto a nuestro mar azul, y me gozo en su serena luminosidad, o en la lámina de zinc de sus atardeceres, recuerdo las "*Cançons de rem i de vela*" de Sagarra. Estos poemas, manchados de sal marina, son algo que no acaba, que nunca pasa. Si los leemos una vez, su gusto nos queda ya para siempre en la punta de la lengua.

Es un áspero sabor de sal, un gusto picante, y todo bajo la inefable luminosidad musical de las estrellas desplegadas. Esos poemas son eternos, esas "*Cançons*", con

toda la poesía de Sagarra, con sus poemas épicos, como sus leyendas, con sus arrobos religiosos, tiene la eternidad de lo que no va ya nunca a huírnos de las manos.

Pero, hoy, al recordar sus estrofas, al recitar quizá, pasando por un pueblo marinero de nuestra costa, aquello tan hermoso de:

*Beneït sia el fum i la beguda
i les estrelles d'aquest to lluent,
i aquesta calma fosca, dura i muda,
que ens endormisca delicadament,
i ens posa un punt d'agror, guaitant la dèria
dels qui amb el rem van pentinant la mar,
i amb les butxaques plenes de misèria
segueixen els calvaris de l'atzar,*

se nos pone un velo de tristeza y de melancolía sobre el alma, y sentimos sobre los párpados el peso de lo que ha caído definitivamente ya, barrido por un concepto

más dinámico, más materialista, del mar y la naturaleza. Las antiguas pinceladas de barca, vela, remo, mar y taberna, el humo de los pescadores míseros, pero señoriales, la tristeza de sus pipas ennegrecidas, la absoluta libertad de una vida hecha de claroscuros, van desapareciendo para siempre de nuestro paisaje.

Hoy el mar tiene una limpieza, una esplendidez turística que nos decepciona. La tierra toda parece sometida a una planificación de bienestar. Y de las antiguas canciones del agridulce, de las emociones del contraste, quizá nos quede poco ya, quizá sólo esos millares de estrofas del autor del "Mal caçador", "El poema de Nadal", del "Poema de Montserrat", poeta culto y disciplinado, periodista, traductor y autor dramático, en cuya obra, llena de resonancias de mar y de tierra, se siente el canto de un mundo fresco y espontáneo con acentos a veces brutales y una voz fraterna, enamorada, y popular.

F. S.

IL BALUARDO (EL BALUARTE)

"El Baluarte" publica una serie de discursos y escritos de Su Eminencia el Cardenal Alfredo Ottaviani, Secretario de la Congregación del Santo Oficio. En ellos se refleja la profunda doctrina y el vigor expresivo que han hecho célebre la figura de este Príncipe de la Iglesia. Diversos son los temas tratados en este libro que se refieren todos a problemas fundamentales sobre el magisterio y sobre la vida de la Iglesia.

Este volumen ha sido publicado en Roma por Ediciones Ares, en su Colección "Estudios Católicos". Viene a ser una aportación más a las muchas voces de alarma que, en estos últimos tiempos, tanto en Italia como en el mundo entero, se han levantado ante el peligro de desbordamiento de la riada comunista, precedida por la inundación del fango de la inmoralidad, así como por la pasividad e indiferencia de muchos que están obligados por su rango social o por su representación pública, a ser centinelas vigilantes y ejemplares del bien de la sociedad.

La ingente obra de la Iglesia en defensa de los valores humanos y cristianos, se evidencia a través de los escritos y alocuciones del Cardenal Ottaviani: los ocho primeros se refieren a la misma Iglesia, a su misión divina como tal, y a sus diversas actividades como Cuerpo Místico de Jesucristo, a las que no puede sustraerse por ser ambos de mandato divino. Siguen igual número de artículos o exortaciones en los que se expone la misión que compete al Orden jerárquico, desde el Romano Pon-

tífice al último sacerdote: basta recordar algunos títulos suficientemente confirmatorios como "Videre Petrum", "La Curia Romana al servicio de la Iglesia", "Quién a vosotros escucha, a Mí me escucha", "La sal de la tierra", "No sacerdotes obreros, sino sacerdotes de los obreros".

Finalmente otros tantos se refieren a los deberes y obligaciones asignadas por la Jerarquía a los seglares: conviene destacar "Así se sirve la Iglesia desde la cátedra", "La Iglesia tiene sus intrépidos: los héroes de la caridad", "El periodista católico, centinela seglar de la Iglesia". Como colofón final, no podía faltar, una ferviente súplica a la Reina de los Cielos, invocada desde siempre como "Auxilium christianorum".

La lectura de esta obra escrita en un estilo elegante, pulcro y conciso, se hace sugestiva y amena. Sus páginas llenas de doctrina perenne, iluminan magistralmente sobre materias a veces puestas en entredicho por cristianos más poseídos de resabios de pedantería que de humilde sabiduría evangélica. Es una respuesta clara ante tantas argumentaciones sutiles, y capciosas que inficionan las mentes de las almas sencillas y conturban los corazones humildes.

Esta obra traducida al español puede aprovechar a cuantos ansían beber en fuentes de agua clara, en nuestro azaroso caminar por el mundo.

J. M. ROCABERT

CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 2775

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 2446

Suscripción anual: 150 ptas.

Precio de este núm.: 12 ptas.

REGALO NAVIDAD



DE ANTONIO MASSANA. POEMA DE JACINTO VERDAGUER, GRABADO EN EL GRAN TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA, EN 3 MICROSURCOS DE 33 R. POR "LA VOZ DE SU AMO". LUJOSA PRESENTACION. PESETAS 900. - ENVIOS A REEMBOLSO. - A. MANEN. - TEL. 223 84 57. - DIPUTACION, 95. - BARCELONA